EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VIDA
DE
JUAN SOLDADO,

DRAMA DE COSTUMBRES POPULARES,

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS DE EGUILAZ.

(*De la Sociedad de Autores dramáticos.*)

TERCERA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1880.

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS.			
Don Ramon y Don Julian	1	D. R. G. Santisteban	Todo.
El nacimiento de Tirso	1	F. Flores García	»
Escurrir el bulto	1	Miguel Echegaray	»
Hasta mañana	1	Ceferino Palencia	»
La vision de Fray Martin	1	G. Nuñez de Arce	»
Por un ángel	1	E. Jackson Cortés	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes	Mitad.
Seguros contra incendios	1	Gaspar Marqués	»
Un buen apunte	1	Eduardo Malvar	Todo.
Último adios	1	Eusebio Blasco	»
Yo me entiendo y bailo solo	1	Juan García	»
El regalo de boda	2	Sres. Eduardo y José Jackson	»
Tribunales de venganza	2	D.ª R. de A. de Laiglesia	»
Administracion pública	3	D. Enrique Gaspar	»
Angel	3	F. Javier Santero	»
Carrera de obstáculos	3	Ceferino Palencia	»
¡Dios! ¡Justicia! y ¡Germanía!	3	Eduardo Sojo	»
El cuchillo de plata	3	Vidal V. y Roca	»
El tonto de Panerot	3	Antonio Roig	»
La fuerza de un niño	3	Miguel Echegaray	»
Mendoza y Compañía	3	Sres. Navarro y Dalmau	»

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

LA VIDA DE JUAN SOLDADO,

DRAMA DE COSTUMBRES POPULARES,

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS DE EGUILAZ.

(De la Sociedad de Autores dramáticos.)

Representado por primera vez con extraordinario éxito en Madrid á 14 de Agosto de 1856.

TERCERA EDICION.

MADRID.

MPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18

1880.

Á LA SEÑORITA

DOÑA CÁNDIDA DARDALLA.

Para que mi querido público de Madrid tuviera ocasion de apreciar á V. en lo que vale, he escrito *La vida de Juan Soldado.* Poeta de profesion, y amante por lo tanto de todo lo jóven, de todo lo bello, de todo lo entusiasta, algo conocedor del teatro, hubiera adivinado á V. tan luego como la hubiera oido algunos versos, si mi amigo Diego Luque, que en más alto grado que yo posee estas cualidades, no se me hubiese anticipado anunciándome que de mí dependía que una nueva y luciente estrella alumbrara nuestro tan oscuro horizonte teatral.

Anoche, hija mia, cuando un numeroso é inteligente concurso; que acababa de aplaudir á V. con frenesí, la felicitaba admirado de lo que en tan tiernos años sabía hacer, dijo usted modestamente señalándome con la mano: «Á ese lo debo: ese es mi maestro: ese lo ha escrito y me ha enseñado á decirlo.» No, Cándida. Su maestro de V. es Dios, que le ha prodigado todos los dotes, que unidos al estudio, pueden constituir una gran artista. ¿Sabe V. lo que á mí me debe? Tiene V. muy pocos años y no me va á comprender. Aunque yo no tengo muchos más, he vivido en ellos lo suficiente para saber, bien á costa de mis ilusiones, cuántas amarguras cuesta el noviciado literario ó artístico. Me debe V. el haberle ahorrado, mostrándola de una vez al público, que mucho tendrá que agradecerme el presente, unos cuantos años de horrible lucha, de una lucha que ojalá nunca conozca V., en que las ilusiones más bellas se secan, en que el entusiasmo más ferviente se marchita, en que el alma que más fuego tenga queda muerta y helada; que no hay viento del Norte ni escarcha más fria que la envidia de ese mundo de veinte piés cuadrados en el que nuestra vocacion nos hace vivir. V. hubiera vencido al cabo estos obstáculos, que el verdadero genio siempre los vence, no he hecho más que allanar á V. el camino apartando las espinas que pudieran desgarrar sus piés.

Yo soy muy interesado; y en cambio de esas lágrimas que le evito verter, en cambio de esas ilusiones que conservo y de ese entusiasmo que mantengo vivo, voy á exigir á V. algo. Siga V. siendo dócil, continúe V. escuchando todos los buenos consejos, estudie V. y no se engría con triun-

fos á que el menor descuido puede poner término; estime V. y considere á los autores dramáticos como respeta á su padre, que sin ellos nada es el actor; y por último, si cuando V. sea una gran artista, cuando le llamen la perla de la escena española, se acerca á V. un poeta principiante, tímido y modesto, en demanda de proteccion y estímulo y pidiéndole que acorte el plazo de su terrible noviciado, recuerde V. que otro poeta vino á acortar el de V. y páguele á él lo que á mí crea deberme, que esta es la sola moneda en que yo cobro deudas de agradecimiento.

No puedo resistir al deseo de copiarle aquí algunas líneas de un acreditado periódico, que despues de ocuparse de mi obra de un modo que por más que lo agradezca no creo merecer, dice hablando de la ejecucion: «Pero los honores de ella pertenecen á la jóven Doña Cándida Dardalla, cuyas buenas disposiciones para la escena sorprendieron á todos, y nos hicieron ver en ella una actriz de muchas esperanzas. Como en la compañía de Dardalla no hay las pretensiones de otros cómicos empinados y presuntuosos, se conoce que los consejos del autor y director han siño escuchados en los ensayos preventivos. El resultado así lo hace comprender.» Como no aspiro á que se me crea infalible, acudo á otras autoridades para probar mi aserto.

Cuando anoche el público me llamaba una y otra vez à la escena, yo me presentaba en ella con un orgullo que nunca he sentido en las muchas veces que, gracias á su cariño hácia á mi, la he pisado. Era que la llevaba á usted de la mano, y al presentarla á aquella escogida y numerosa concurrencia parecia decirle: «Hay tienes á la artista de lo porvenir; á mi me lo debes.» Justifique V. este dicho mio, que con aplicacion y constancia puede hacerlo.

Adios, mi jóven amiga, adios, hija mia.

Luis de Eguilaz.

Madrid 15 de Agosto de 1856.

Madrid 8 de Junio de 1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
UNA JITANA (Primer papel.).......	D.ª Isabel García.
LOLA........................	D.ª Cándida Dardalla.
MARÍA........................	D.ª Concepcion Andrade.
JUAN........................	D. José Dardalla.
EL SARGENTO ÚTRERA.........	D. José Guerrero.
PEPE........................	D. Francisco Pardo.
CURRO........................	D. José Pardiñas.
UN NOTARIO..................	D. José Alverá (1).
JUAN CAMPI..................	D. Francisco Arguelles.

Un montañés, quinto 1.° y 2.°, soldados, quintos, serranos y serranas de todas edades.

La accion pasa en un pueblo de la Serranía de Jerez de la Frontera.

La direccion de escena de esta obra ha estado á cargo de DON DIEGO LUQUE.

(1) El autor encarga muy especialmente á los directores de escena que repartan este papel, al parecer insignificante, á un actor de mérito reconocido, siguiendo el ejemplo de la compañía que ha estrenado este drama en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Salida de un pueblo. Á la derecha, primer término, una casita muy pintoresca, en cuyo balcon habrá macetas con enredaderas que trepan al guardapolvo. En la izquierda una taberna con soportal, bajo el cual hay bancos y mesas. En el centro de la escena una cruz de piedra oscura sobre unas gradas de ladrillo. Al fondo, en el centro, una iglesia; una calle al foro tambien, en la que desembocan otras muchas que se suponen á la izquierda. Á la derecha de la iglesia, el campo. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

EL SARGENTO, CURRO; el MONTAÑÉS, QUINTOS y LUGAREÑOS.

Están sentados bajo el soportal en derredor de la mesa; bebiendo y comiendo. Un quinto toca y canta.

Quint. 1.° El santo Tomás de Aquino (Cantando.)
dejó escrito en su memoria
que un hombre bebiendo vino
se fué derecho á la gloria.

Todos. ¡Ven, salero!

Varios. ¡Siga usté!

Quint. 2.° Venga de ahí.

Sarg. ¡Bien cantao!

Quint. 1.° ¡Gracia?

QUINT. 2.° Otra copla, Pelao.
QUINT. 1.° Estoy ronco. (Señalando la copa vacía.)
SARG. (Llamando.) ¡Montañé!
QUINT. 1.° ¡Vino y que siga la dansa!
SARG. (Id.) ¡Montañé!
QUINT. 2.° Jasta ajogarse.
SARG. Cudiado con ajumarse,
que eso es contra la ordenansa.
MONT. ¿Qué se ofrece?
(Sacando la cabeza por el ventanillo que habrá en la fachada de la izquierda.)
SARG. ¿Hay que jamá?
MONT. (Con presopopeya.) ¿Me farta á mí cosa arguna!
Tengo jamon, aceituna,
too lo nacío.... y demá.
SARG. Venga. (El Montañés desaparece.)
QUINT. 1.° ¡Por vía é mi tia!
¿Qué hace ahí ese pantasmon?
(Señalando á Curro que no quita la vista de la casa de la derecha.)
SARG. Como nosotros jamon
está comiendo partía.
QUINT. 2.° ¡Probesiyo!
QUINT. 1.° No ve más
que er barcon.
SARG. ¡Es mucho cuento!
¡Eh! ¡Montañés! (Llamando.)
MONT. (Saliendo.) Mi Sargento,
aquí está too... y demas.
QUINT. 1.° (Canta.) Toita la noche en vela
paso junto á tu ventana
jaciéndote centinela,
que er que no llora no mama.
TODOS. ¡Bien! ¡bien!
CURRO. (¿Cantarán por mi?)
SARG. ¿Muchacho! (Reprendiéndolo.)
(Bebiendo.) ¡Esto es de lo rico!
Bebé y cerrá er pico.
CURRO. (L muerte y la vía... Sí.
Ellos con cara serena
cantan y beben y too
en mientras que á un paso yo

me estoy muriendo de pena.)

SARG. Ya escomiensa er só á alumbrá.
Prepararse desde ahora
porque dentro de una hora
mos tenemos que largá. (Se levantan.)
¡Vamos listos!

QUINT. 2.° ¿Mi Sargento?

SARG. ¿Qué quieres?

QUINT. 2.° Sabé quisiera
la suerte que mos espera
en llegando al regimiento.

SARG. (Con exageracion.)
¡Bah! ¡Estareis como la rosa!
Vestí bien, limpiá er fusí,
jasé la guardia... dormí...
¿Y comé? ¡Poquita cosa!
(Como encareciéndolo mucho.)
Pa el armuerso... ¡por esta crú!
pa armuerso... ¿quié usté cayá!
Á medio dia... ¡apena! ¡ná!
¿Y pa la cena? ¡Jasú!

QUINT. 2.° ¿Pero y las noches en vela?
¿y el ejercicio de dia?
(El Sargento va á pagar y se interpone un quinto y lo hace.)

SARG. Eso es una frustería,
es decí, una bragatela.
Conque, ea, dar fin ar vino
y despachá en el instante,
que patibulis andante
tenemos que hasé er camino.
(Los Quintos y Lugareños se retiran despues de beber.)

ESCENA II.

CURRO, el SARGENTO, el MONTAÑÉS.

SARG. ¡Montañé!

MONT. ¿Quiere usté más?
No farta cosa ninguna.

Vino, jamon, aceituna,
too lo nasío... y demas.

SARG. Ven acá tú. Sabes que
vive ahí enfrente una mosa
lo mesmito que una rosa.

MONT. ¿Le gusta? jé, jé, jé, jé!

SARG. ¡Hombre!

MONT. Jé, jé; ¿le ha gustao?

SARG. Y si por causalidá
me gustara... ¿qué había? (En tono de reto.)

MONT. ¡Ná!
Que el cuarto ya está arquilao.

SARG. ¡Hola!

MONT. ¿Ha reparao usté
ese moso que está ahí?

SARG. ¿Ar pié de la crú?

MONT. Que sí.

SARG. Ya estoy.

MONT. Pos vive con é.
Es su tio... ó ¿qué sé yo?...
Lo cierto é y la verdá pura (Con misterio.)
que en er lugá se murmura...

SARG. (Mirando á Curro.)
Aguanta er mislo, gachó.

MONT. Un mosito der lugá,
que ahora se va á sé sordao,
dicen que tamien le ha hablao
y er bruto se iba á casá. (Bajando la voz.)

SARG. ¿Quién?

MONT. Juaniyo...

SARG. Sé quien é.

MONT. Un muchacho casaó
hombe de mucho való
y moso de mucho aqué,
que mientras que eya está quieta
aquí, duro como er jierro
anda por montes y cerro
viviendo de su escopeta.

SARG. Lo mesmito que yo fí
y que soy en er momento;
po eso he llegao á sargento.
¿Te has enterao?

MONT. Que sí.
¿Por lo duro?
SARG. Y lo valiente.
MONT. Ya se vé.
SARG. ¡Lástima fuera!
En viendo al sargento Utrera
se muere é mieo la gente.
Es chipé.
MONT. ¿Quiere usté más?
SARG. No.
MONT. Güen viaje y sepa que...
en mi casa hay para usté
todo lo nacío... y demas. (Váse.)

ESCENA III.

EL SARGENTO, CURRO.

CURRO. (Solo queó.) ¿Melitá?
SARG. Que Dios guarde asté, paisano.
CURRO. ¿Cuándo es la marcha?
SARG. Ahora mesmo.
CURRO. ¡Vaya por Dió! Y no ha llegao!...
SARG. ¿Qué dice usté?
CURRO. ¿Qué he é decí?
Que er probe de Juan va andando
ya sin remedio nenguno.
Yo había dío á los Palacios;
y cuando gorbí me encuentro
con toito este traspaso:
de moo que ya no pueo
con los jandeles libraslo.
SARG. De moo y manera que (Queriéndolo consolar.)
si esa fué su suerte... Es claro.
CURRO. Otoavía no. Ha dío á Cais
un amigo á sé sordao
en lugá de é...
SARG. (Como enmendando.) Un surtituto.
CURRO. Eso.
SARG. Po entónces, paisano,
pue que lo armitan y que...
Pero tarde habrá llegao.

Ya Juaniyo está escogío
pa un batallon, y en llegando
que ayega este manifiesto
no es fací sé esertuao

CURRO. (¡Probe Loliya!) (Ay, sagento!
¡Si usté pudiera esperarlo!
Pué que no tardara, y que...

SARG. Patron, mi poé no es tanto.
Quien manda manda.

CURRO. Pero...
ér tiene madre y hermanos...
¿estasté? y er probesiyo
se las busca y es su amparo...
y la verdá, en toito el pueblo
no hay un moso más honrao.
Er sale con su escopeta
por medio é montes y llano
y aquí un conejo, ayí un lobo,
aquí un corso, ayí un jabato
donde quiea que pone el ojo
pone er tiro.

SARG. ¡Güen sordao!...
Yo... ¿estasté? aunque soy sargento
y tengo poé y mando...
porque... la verdá, acá uno
(Confidencialmente.)
es como un menistro... ¿estamos?
no pueo aguardá... ¿me explico?
porque aluégo ar fin y ar cabo
si ese moso que ha dío á Cais
tardara... Lo digo ar tanto
de que los jefes aluego
no quieren jacerse cargo
de la razon... y que uno
paga po agenos pecaos...
y quien manda, manda ar fin
y tiene razon y... Vamos, (Variando de tono.)
venga usté á peí otra cosa
porque esa no está en mi mano.

CURRO. Vaya por Dió!

SARG. ¿Qué quié usté?
Estos jefes currutacos

der dia tien un aqué,
un ventisperio, un... ¿estamos?
un arguyo... y como yo
motas no les voy quitando,
ni soy hampróquita, ni...
¿Se enterasté? ¿he dicho argo?

CURRO. ¡Ay! ¡aquí viene su mare!

SARG. ¡Probesiya!

CURRO. ¡Qué traspaso!
Sabrá que se van los quintos
y que Pepe no ha llegáo.

ESCENA IV.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. ¡Ay sagento de mi arma!

SARG. ¿Qué hay?

MARIA. ¿Qué é lo que me han dicho?
¿Es verdá que usté se marcha
y que se lleva á mi hijo?

SARG. Yo... (Cortado.)

MARIA. ¡Dígalo usté por Dió!

SARG. Señora, yo...

MARIA. ¡Ay santo Cristo!
Acabe usté.

CURRO. Ñá María.
Tenga usté való!

SARG. (Con rapidez.) Er camino
vamo á cogé ar momento.

MARIA. ¿Es decí?...

SARG. Que me las guillo.

MARIA. ¡Ay hijo de mi sentrañas!
¡Ay Vírgen Santa! ¡ay Dios mio!
Aguarde usté tan siquiera
á que esté é güerta Pepiyo.

SARG. Quien manda, manda, señora.
¿Estasté ya? ¿yo me explico?
Un sagento... es un don naide:
en esto no toco pico.

MARIA. ¿Pero cuándo se va usté?

SARG. ¿Cuándo? En este instante mismo.

(Yo no pueo ve llorá!... (Conmovido.)
Se acabó... soy un chiquillo.)

MARIA. Pero no ve usté, señó,
que dentro é naa Pepiyo
estará de güerta y ya
queará libre mi hijo?
¡No se vaya usté, por Dió!
¡sujételo usté por Cristo! (Á Curro.)

SARG. Der sagento Utrera nunca
que fuea tirano se dijo.
Vamo á en cá del arcarde;
y si ér se aviene... ¿me explico?
y me da un papé que rese
que si aquí me he detenío
no ha sío porque he fartao
sino por mor der servicio,
¿qué tengo é jasé? me aguardo
jasta que llegue ese quinto.

MARIA. ¡Ay! ¡Dios se lo pague á usté!
Vamos pronto.

CURRO. Vamos listos.
(¡Loliya, Loliya! ¡adió!
Si er se quea, me las guiyo.)
(María y el Sargento se marchan. Curro los sigue, pero vuelve la cabeza en el momento en que sale Lola y se queda parado.)

ESCENA V.

LOLA, CURRO.

LOLA. (No está aquí.)

CURRO. (¡Lola! Vendrá
á veslo ar pié de la Crú.)

LOLA. (¡Ah!) ¿Señó Curro?

CURRO. (¡Josú!
¡Se quié er corason sartá!)

LOLA. Buenos dias.

CURRO. (Yéndose.) Adió.

LOLA. (Deteniéndolo.) ¿Qué?
No quiere usté hablá conmigo?

CURRO. Creo que estorbo.

LOLA. Un amigo
nunca estorba.
CURRO. Viene é?
LOLA. ¿Juan? Poco puée tardá.
CURRO. Entónce... mejor será irme.
LOLA. (Con extrañeza.)
Pos ¿qué podía ér decirme
que usté no puea escuchá?
Cuando mi pare murió
en usté un pare encontré.
Lo que jable bien puée usté
oirlo.
CURRO. (¡Su pare yo!)
No, Lola: tú sabes ya, (Con cariño.)
aunque ocurtármelo quieras
que er que cormigo vivieras
dió ar pueblo mucho que hablá.
Por eso tan solo, Lola,
te separé de mi lao...
No quieo que digan que he estao
jablando contigo á sola. (Con dolor.)
LOLA. ¿Y qué me importa si é (Con desprecio.)
sabe too lo que pasa
y en mi cariño se abrasa?
CURRO. (¡Dios mio!) No puée sé.
Por má que me cueste, ya
no pasaré esos umbrale,
ni anque me ajoguen los male
gorveré á hablarte en jamá.
LOLA. ¿Y por qué? (Con ingenuidad.)
CURRO. Nunca, hija mia.
LOLA. ¿Y en casándome? (Id.)
CURRO. (¡Ay de mí!)
LOLA. Ya no tendrán que decí.
CURRO. ¡Casarte! (Con arrebato.)
LOLA. ¡Pué!
CURRO. (¡Qué agonía!)
Entónces... veremos. (¡Ay!) (Reponiéndose.)
Pero... como que es sordao...
LOLA. No, ya estará libertao.
Pepe ha dio por él á Cai.
¡Si viera usté qué doló

cuando ér se tuvo que dí
y entró en caja! No morí
porque no lo quisó Dió.
¡Y dempué ar veslo de güerta
con su gorra de cuarté!...
¡Cuando muerta no queé
creo que nunca me queo muerta!
Pero ahora... ¡Ya es otra cosa!
otro por él va á la guerra...
¡Me paese que veo la tierra
(Radiante de alegría.)
toita de coló de rosa!

CURRO. ¿Tanto lo quieres? (Pesaroso.)

LOLA. (Con entusiasmo.) ¡Oh! sí.
¿Ha visto uste allá en las lomas
arruyarse á las palomas?
(Modúlese la voz con toda la dulzura posible.)
Pos mos queremos así.
Cuando po esos olivares
mos vamo los dos solitos
y vemo dos pajaritos
sin peniya ni jachares
cantando po entre las flores,
que marean con su oló,
decimo á un tiempo los dó:
«Esos son nuestros amores.»

JUAN. (Cantando dentro.)
«Es mí queré en la ausencia
como la sombra,
cuando está más lejano
más cuerpo toma.
Ausencia es aire
que apaga er fuego chico
y aviva er grande.»

LOLA. ¿Lo oye usté?

CURRO. ¡Adió!

LOLA. ¿Cómo?

CURRO. Adió.

LOLA. Pero...

CURRO. Güervo.—Estorbaría...
(¡Qué pesares!)

LOLA. (¡Qué alegría!)

CURRO. (¡Por qué no mata er doló!) (Váse.)

ESCENA VI.

LOLA.

Güerva usté.—Lo voy á vé.
¡Ah! sí; vendrá loco á verme
loca de amó á gorverme.
¡Qué dichosa voy á sé!
Toitos los dias aquí
viene á carmá mi deseo,
y siempre ar miraslo creo
que ha un siglo que no lo ví.

ESCENA VII.

LOLA, JUAN.

JUAN. ¡Loliya del arma mia! (Con dolor.)
LOLA. ¿Qué tienes, Juan? (Sorprendida.)
JUAN. ¿Que qué tengo?
¡Ná! que á despeirme vengo
de tí pa toa mi vía.
¡Me voy, Lola, me voy, sí,
con el arma é queré llena!
LOLA. ¡Juan!
JUAN. ¡Ay! me ajoga la pena
y ni hablá pueo.
LOLA. ¿Qué oí?
JUAN. ¡Es tan jonda, tanta, tanta!
que por más que quieo y suo
no pueo... Tengo aquí un nuo
en mitá é la garganta.
LOLA. ¿Pero qué has dicho?
JUAN. La ley
me llama pa sé sordao.
LOLA. ¿Qué dices?
JUAN. ¡Que me han matao!
que me voy á serví ar rey!
Pepiyo no viene, y ya
por más que le lloro y digo,

viendo que nada consigo
se quie er sargento marchá.

LOLA. ¡Juaniyo! (Llorando.)

JUAN. ¡Mardita suerte!

LOLA. ¡Juan!

JUAN. Adios, cuerpo bonito;
adios, adios, Luserito.
¡Ya no güervo más á verte!

LOLA. ¡Caya! ¡Mira que me mata!

JUAN. Por úrtima ves te miro.
Mañana, quizás un tiro
me deje etrás é una mata!
Loliya, lus de mis ojo,
mi amó, cuerpo resalao,
si te dicen que un sordao
cayó en mitá de un rastrojo
y que una palabra sola
mientras er probe moría
de entre sus labios salía
y esa palabra era ¡Lola!
llora, sí, llora, mi amó,
cuanto que llorá hubiere,
que er sordao que allí muere
será tu Juan, ¡seré yo!

LOLA. (Con selvática energía.) ¡Tú morí! Si eso pasara
y no muriera yo é penas,
con la sangre de mis venas
dempué te resucitara.
Pero no, no pue sé;
no, tú no te vas de aquí...
¡Ántes me matan á mí (Con fiereza.)
que que yo lo llegue á vé!
Al nacé las florecitas, (Con dulzura.)
la lluvia via les dá,
y si el año seco está
se secan las probesitas.
¿Me entiendes? ¿Me explico yo?
Si te vas á sé sordao
mi corazon quea secao
sin la lluvia de tu amó.
¡Ay! ¡no te vas!

JUAN. Lola, sí.

Á más de su corazon
tiene el hombe obligacion,
que debe siempre cumplí.

LOLA. En desde que eramo niño
mos quisimos, y es chipé.
[illegible] ¡Obligacion!... ¿Y er queré? (Con sencillez.)
¿No vale más er cariño?
Anda, vete... ¡vete! ¡Oh! (Con voz ronca.)
No quiero verte... te dejo...
En tí como en un espejo
me estaba mirando yo.
....
¡Probe é mí!... ¡Probes mujeres!
(Apartándose y rechazándolo.)
Vete... te aborresco ya.

JUAN. Mía, dame una puñalá... (Yendo hácia ella.)
pero dime que me quieres.

LOLA. Ahora que ves como lloro,
te acuerdas der dia primero
en que dijiste: «Te quiero,»
y yo contesté: «Te adoro.» (Con fuego.)

JUAN. Sí, Lola.

LOLA. Íbamo los dó
por medio é un bosque de encinas
cantando... ¡cuar golondrinas
cuando miran salí er só!
Con el arma armibará,
lleno de amoroso fuego,
cogías flores que aluégo
jechaba en mi delantá;
y así sin penas ni enojos
víamos salí la lú;
y yo te miraba, y tú
te mirabas en mis ojos.
¿Te acuerdas? De una arta encina
mos sentamos á la sombra,
sobre la olorosa arfombra
de amapola y clevellina.
De pronto un ruio sentí,
miré jacia atrás... ¡y era (Con fuerza.)
un toro como una fiera
que venía para mí!

JUAN. Negro y de fiera mirá, (Rapidez.)
de larga melena clara,
parao de tí á dos vara
echaba tierra pa atrá...

LOLA. En sus ojos de amapola
fuego terrible brillaba;
un istante má... y se acaba
este mundo pa tu Lola. (Rapidez.)

JUAN. ¡Yo no sé lo que sentí!

LOLA. Dí un alarío profundo
porque no vía en er mundo
ya remedio para mí.
Ví que sartando un matojo
y la cabeza metiendo
pegó un berrío tremendo...
Llamé á Dió y cerré los ojo.

JUAN. Entónce...

LOLA. Er sentío perdí;
entre trastorno y doló
encomendé mi arma á Dió.

JUAN. (Rapidez en las entradas.)
¡Ah! pero yo estaba allí.

LOLA. Oí un tiro... miré...

JUAN. ¡Ah!

LOLA. Y te ví, ¡quién lo pensara!
con la escopeta en la cara
y er toro muerto detrá.

JUAN. Sí, sí, er queré me dió alas;
y sartando con prestesa,
cuando ér metió la cabesa
le metí en eya dos balas.

LOLA. ¿Te acuerdas?

JUAN. ¿No me he é acordá?
¡Desde entónces mis suspiro
te han dicho: «Por tí deliro!»

LOLA. ¿Y acordándote te vá? (Con amargura.)
Tú me quieres en er nombre;
¿no ves lo que estoy penando?

JUAN. No ves tú que estoy llorando,
(Dejando entrever su dolor.)
Loliya, y que soy un hombre!
¡Adió!

LOLA. Mira, ven acá.
JUAN. ¿Qué quieres? Déjame dí,
Mientras más tiempo esté aquí,
Lola, estoy penando má.
¿Quién que llorando te ve
de tu amor ar despedirse
puée, niña mia, dirse
para nunca más gorvé?
LOLA. ¡Cristo mio! (Rapidez.)
JUAN. ¿Qué nos pasa?
LOLA. Yo no sé.
JUAN. Ni yo tampoco.
LOLA. ¡Yo estoy loca!
JUAN. ¡Yo estoy loco!
Véte, arma mia, á tu casa.
LOLA. ¡Juan! ¡Juan!
JUAN. (Reponiéndose.) Mira, Lola, ar cabo
puée que me ingenie po ahí...
yo sé leé y escrebí...
pué... tar vé me jagan cabo.
Luégo sagento... y dempué...
¿estás tú?... siendo valiente
pueo sé... ¿quién sabe? tiniente...
generá... ó coroné!
Otros... Mia no llores tú!...
otros han dío ¡me explico!
y han güerto sanos y rico
y hasta con arguna crú.
Oyes, ¿mujé? Puee que yo
me ingenie y con mis amaños,
güerva de aquí á argunos años
jecho un sagento mayó.
LOLA. No, no, yo con tu probesa
te quiero, probe te quiero.
JUAN. Vales más plata, salero, (Con entusiasmo.)
más plata... que la que pesa.
Tienes razon, arma mía.
Si á tu lao me queara,
con la escopeta buscara
por esos montes la vía.
Una chosa con su crú
en mitá é esos campos, ahí,

fuera un palacio pa mí
con mi marecita y tú.
Yo me sardría á casá
pensandito en tu queré,
y aluégo al anochesé
me sardrías á esperá;
y cantando mis amores
á mi choza gorvería,
y un ramo te traería
jecho de olorosas flores;
y así un dia y otro dia
la vía iría pasando,
yo la vía en tí gosando,
tú gosando en mi la vía.

LOLA. ¡Oh! sí, sí.

JUAN. Eso debe sé,
segun lo que yo chanelo,
viví en er mismo cielo...
¡Ay! pero no puée sé!

LOLA. Es verdá.

JUAN. Tengo que dí
mu pronto á tomá las arma...
No llores, arma del arma,
mia que me queo tieso aquí!

LOLA. (Ahogada por el dolor.)
Es que... tengo una aflision.

JUAN. Yo dos. Mia, se me ha metío
en la chola, que al orvío
(Hablando como á su pesar.)
va á darme tu corazon.

LOLA. ¿Yo orviarte? ¿Estás en tí?
¿Te has güerto loco? ¡Jesú!
¿Pos si me fartaras tú
cómo pudiera viví?
Era menesté que hubiera
pa que orviara mi anhelo
(Con mucha energía.)
otro mundo!... y otro cielo!...
y otro Dios que dispusiera!

JUAN. Una cruz bendita está (Con solemnidad.)
á un paso de tí y de mí:
á promesa jecha ahí

nunca se puée fartá.
Acércate. (Se arrodillan ante la cruz.)

LOLA. Po esta crú
(Con solemnidad y entereza.)
te aseguro, arma del arma,
que me han de enterrá con parma
si es que no gorvieras tú.

JUAN. Dame la mano. (Toque de corneta dentro.)

LOLA. (Llamada y tropa lejos.) ¿Oyes?

JUAN. (Aterrado.) Sí.

LOLA. Á qué tocan? (Inquieta.)

JUAN. (Sombrío.) No sé ná.

LOLA. ¡Ay! tú me engaña.

JUAN. Es verdá.
Están tocando á morí.
Adios. flor de mis abrojos;
adios, vía de mi vía;
adios, salerosa mia,
lusesita de mis ojos!...
¡Ya no te gorveré á ve!...
Ese toque dice... «¡Anda!
La ordenansa asin lo manda
y es preciso obedecé.»

LOLA. ¡Ay!

JUAN. ¡Adió!

LOLA. ¡Adios!

JUAN. ¡Adió!
(Quiere irse pero no puede.)
¡Vete!

LOLA. ¡No me pueo dí!

JUAN. ¡Dios mio! ¿por qué la ví?

LOLA. ¿Por qué he visto á este hombre yo?

JUAN. ¡Adios! (Con resolucion.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MARÍA, CURRO.

MARIA. Juan, ¿á dónde va?

JUAN. (¡Esto sólo me fartaba!)
Iba... es decí... me queaba... (Vacilando.)
Iba á la sierra á casá.

MARIA. ¡Tú me engañas!
JUAN. ¡Yo! (¡Jasú!)
MARIA. ¿Estás triste? ¿estás lloroso? (Muy inquieta.)
¿Qué tienes?
JUAN. Náa.
MARIA. ¡Jermoso!
¡Dí, dime qué tienes tú!
JUAN. ¡Mare!... déjeme usté dí.
MARIA. Pero ¿aónde?
JUAN. ¡Yo no sé!
Aonde me lleven los pié
si andá saben.
LOLA. (¡Ay de mí!)
MARIA. Ño Curro, venga úste acá.
¿Sabe usté qué tienen?
CURRO. ¡Yo!
JUAN. Mare mia, se acabó. (Con resolucion.)
Voy con los quinto á marchá.
Me voy, y la dejo á usté; (Con desesperacion.)
á esa prenda que está ahí;
á este pueblo en que nací;
á ese campo en que jugué.
Ya no má ar nacé der só
saldré al son de los cantares
que por esos olivares
cantan mislo y ruinseñó.
Ya no má po entre esas breña
pasaré casando el dia
cantando mis alegría
al sartá de peña en peña.
No más al oscurecé
ó allá á la lus de la luna
gorveré sin pena arguna
pensando en mirarla á usté.
Me voy solito cormigo (Transicion.)
por esos mundo á pená
jasta que me haga acabá
la bala de un enemigo.
Sí, me voy. Mas no me quejo
por esta separacion,
que llevo en er corazon
pa vesla á ustées un espejo;

y de noche allá á mis sola,
anque er mundo mos separe
¡aquí la veré á usté, mare!
aquí te veré á tí, Lola!

MARIA. ¿Y esa es tu pena no má? (Muy alegre.)
Hijos mios, alegrarse.
El sagento va á esperarse
y Pepiyo gorverá.

LOLA. ¿Se aspera? (Id.)

MARIA. Sí, va á veni
Pepe, y llenos de alegría
pasaremos toa la vía
bendiciéndolo.

LOLA. Sí, sí.
Él nuestra dicha traerá;
y cuando de ella gocemos
toas las noches resaremos
porque Dios lo libre é má.

MARIA. ¿Pos qué te pensabas tú?
¿Si te fueras á las fila
estaría yo tan tranquila
platicando aquí? ¡Josú!
Juan del arma, si te fuera,
si te fueras, hijo mio, (Con salvaje energía.)
ya tu mare hubiea perdío
cien mir vías que tuviera.

CURRO. (¡Probesiyos! Voy á ve
si asoma Pepe po ahí.) (Váse al foro.)

JUAN. Lola, no pienses así; (Sombrío.)
mare, no se canse usté.
Pepiyo no viene ya.

MARIA. ¿Qué dices?

LOLA. ¿Qué estás diciendo?

MARIA. ¿Que no viene?

JUAN. (Más sombrío.) Yo me entiendo.

CURRO. ¡Ahí viene! (Dentro.)

VARIOS. Ahí viene. (Id.)

LOLA, MARIA, y JUAN. ¡Ah!

ESCENA IX.

DICHOS, PEPE, HOMBRES y MUJERES del pueblo.

Pepe viene corriendo y muy fatigado, apenas puede hablar. Lo siguen varios chicos y gente del pueblo.

MARIA y JUAN ¡Dios te lo pague!
CURRO. (Mucha ansiedad.) Habla, dí.
PEPE. Estoy ajogao é corré.
¡Ay! (Tomando aire.)
CURRO. Habla.
PEPE. Le diré á usté...
Llegué á Cais...
MARIA. Descansa.
PEPE. Y fí...
LOLA. Toma resuello.
JUAN. (Alargando la suya.) Esa mano.
CURRO. Acaba que er tiempo vuela.
LOLA. ¡Trae gorra y escarapela! (Muy contenta.)
¡Es sordao!
JUAN. (Se dan las manos) Toca, hermano.
Por tí, que ar fin te vá
á corré mi fortunita,
consuelo á mi maresita
y á esa prenda que ahí está.
PEPE. Calla, Juan. (Consternado.)
JUAN. (Con recelo.) ¿Qué dices?
MARIA. (Con ansiedad.) Dí.
LOLA. Acaba.
CURRO. ¡Me dan suores!
PEPE. Llegué tarde... y los señores
no me han querío armití.
MARIA y LOLA. ¡Ah!
LOLA. Pero?...
CURRO. Pero?...
JUAN. ¡Dios mio!
PEPE. Les conté toito er traspaso;
y no han querío hacerme caso.
JUAN. Entónces... ¿ese vestío?...
PEPE. (Con tono ligero.)

¡Ah! sí; mirando tu afan
sin tené padre ni madre
ni perrito que me ladre
dije: «Vámono con Juan.
Juntos nacimos los do,
y amigos desde la cuna.
Juntos corramos fortuna
por esos mundos de Dió.
Que tenga en las ánsias estas
quien llore su suerte mala;
y si le toca una bala
que haiga quien lo saque á cuestas.»
(Mucha ligereza.)
Esto dije, y cojo, y voy
der generá á la casa,
llego, llamo, siento plasa,
compro er gorro... y aquí estoy.

MARIA. ¡Ay, Pepe!

PEPE. (Con fanfarronería.) No llore usté,
que en mientra que esté conmigo
no hay en er mundo enemigo
que le llegue ar pelo. ¡Á vé!
¡Qué caramba! ¡Esto no es ná!
Pasensia y sufrí los daños:
dentro de cinco ó seis años
güerve jecho un generá.
Dejarse é llantos y lloro...
Esto pasa de una vé.
¡Oh! ¡ya lo vereis gorvé
con dos chanrateras de oro!
Ea; voy por mi jatiyo.
¡Patrona, no hay que llorá!
(Con tono marcial.)
¡Eh! ¡paso á los camará!
¡Quién tose á Juan y á Pepiyo?

ESCENA X.

DICHOS, ménos PEPE.

MARIA. ¡Hijo!

LOLA. ¡Juan!

JUAN. ¡Por Dió! ¡Por Dió!
¡Dejarme! ¡Mi frente arde!
Mirá que vi á sé cobarde.
que me va á fartá való.
¡Adiú! ¡Pierdo la chabeta!
¡Vos dejo de aquí á un istante!
¡Ay der que coja po elante
que es fuego mi bayoneta!

MARIA. ¿Por qué quitá sus chorré
á la mare que los ama?

JUAN. (Cambio completo.)
¡Porque otra mare los llama
y defendesla as mesté!
Ajuera llanto e chiquiyo...
dicen que peligra... ¡Ajuera!
¡Que caa hombre sea una fiera
y caa casa un castiyo!.

PEPE. (Canta dentro.) «Ya se van los quintos, mare,
ya están tocando á marchá,
ya se van los quintos, mare,
sabe Dios si gorveránt

LOLA. ¡Sabe Dios si gorverán!

JUAN. (Queriendo desasirse de ellas)
¡Dejarme! ¡Déjeme usté!

CURRO. ¡Cristo santo!

MARIA. (Empujándolo.) ¡Juye! Vé...
mia que vienen por tí, Juan.

JUAN. Adios mare; Lola, adió. (Llamada lejana.)

CURRO. ¡Juan!

JUAN. ¿Qué?

CURRO. Tocan.

MARIA. ¿Ande va?
¡Primero me han de matá
que que tè deje dir yo!

ESCENA XI.

DICHOS, el SARGENTO.

SARG. Quinto, á las fila.

MARIA. ¡No!

LOLA. ¡No!
SARG. Vamos.
JUAN. Déjeme usté.
SARG. Anda.
Patrona, er que manda, manda
y cartucho en er...
MARIA. (Suplicante.) ¡Señó!
SARG. Llegó la manifestura
de marchá. En varde se cansa.
(En tono de disculpa.)
¿Qué quiere usté? La ordenansa
es de esta conformitura.
¡Eh! sin más replicacion, (Con rudeza.)
que está esperando la gente...
Conque, recluta, de frente (Voz de mando.)
y cartucho en er cañon.
MARIA. Dejémelo usté por Dió.
¿No vé usté lo que me aflijo?
¡Ay! mares que teneis hijo, (Fuera de sí.)
vení á llorá como yo.
¡Este llanto que me baña
nunca más se secará!
JUAN. ¡Mare! (Lucha con su hijo.)
MARIA. ¡Me quieren quitá
al hijo de mi sentraña! (Logran separarlos.)
No te vaya, estáte allí,
nunca de mí te separe...
Ántes matan á tu mare
que que ella te deje dí.
(Mientras en el primer término se ejecuta esta escena, pasan, aunque mudas, otras parecidas en los distintos grupos que habrá en la plaza.)
JUAN. ¡Dios mio!
LOLA. (Al Sargento.) Váyase usté.
MARIA. No quiera rompé estos lazos.
¡Los hijos son los peasos
del arma de una mujé!
SARG. ¡Yo!... (Pos no me ha hecho llorá.)
MARIA. ¡Llora! ¡Gracias!
LOLA. (Indicándole que huya.) Vente, anda.
SARG. No puee sé... Quien manda, manda,
y cartucho en... Vamos!

(Asiéndolo de un brazo.)

MARIA y LOLA. ¡Ah!

(María cae en los brazos de Lola.)

JUAN. ¡Mare, mare!

LOLA. Se esmayó.

(Curro los socorre.)

JUAN. ¡Marecita! ¡Marecita!

CURRO. (¡Vete ahora!) (Con fuerza, pero bajo.)

JUAN. ¡Suerte mardita!
Adios, mare; Lola, adió.

LOLA. ¡Juan!

JUAN. No me orvies, mujé.
¡Cúdiala. Adios, esperansa! (Mirando al cielo.(
Lo manda asin la ordenansa
(Con sangrienta ironía.)
y es presiso obedesé.

(En el momento de terminar Juan, los quintos y algunos soldados, seguidos de hombres y mujeres del pueblo atraviesan por el foro cantando la fagina acompañándose con el tambor, con guitarras y palillos unos, otros con piedras y hueseras que hacen sonar á compás. Pepiyo aparece y Juan se apoya en él. Algunas mujeres sostienen en los brazos á María y Lola. Curro cae de rodillas delante de la cruz. El Sargento se limpia los ojos. Pasado un instante, Juan, Pepe y el Sargento se reunen á los quintos. Varias escenas análogas tienen lugar en distintos sitios de la plaza. Desde las gradas de la iglesia, balcones y ventanas, las personas que los ocupan agitan los sombreros y pañuelos. La copla que cantan los quintos es la tan conocida de

QUINTOS. «La ordenansa asin lo manda
y es preciso obedecé:
el que no sea pa casao
que no engañe á la mujé.
(El telon cae poco á poco.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala alta de la casa de Lola: puerta á la derecha que comunica con el exterior de la casa; otra al foro que da á la alcoba y una ventana á la izquierda que se supone caer al campo, por la que penetran algunos rayos de luna. Los muros de la habitacion serán completamente blancos y el techo de gruesas vigas de madera oscura con sus grandes canes de lo mismo: algunas estampas de santos con marcos de caoba decoran la sala: en las puertas cortinas blancas con grandes faralares: rinconeras con vasos de flores: estera de juncos: sillas del Norte: un pie de velon sobre el que habrá uno encendido: una mesa chica con su crucero de hierro: en el alfeizar de la ventana algunas macetas de albahaca: sobre la mesa un Cristo con dos candeleros al lado con las velas apagadas: una alcarraza de la Rambla colgada en la ventana.

Al levantarse el telon aparecen sentadas junto á la mesa Lola y María vestidas completamente de negro. Pepiyo de pie al lado con faja negra y pañuelo al cuello tambien de luto. Tiene un brazo de ménos, la manga de la camisa colgando y un canuto con la licencia al cuello, pendiente de una cinta; trae gran bigote.

ESCENA PRIMERA.

LOLA, MARÍA, PEPE.

PEPE. Eh, ñá María, való;
Loliya, vamos á vé.
Yo soy un hombre ¿estasté? (Á María.)

pero tamié yoro yo.

MARIA. No jago más que yorá.

LOLA. Yo me voy queando siega.

PEPE. ¡Eh! se acabó, ¿quién se entriega
de esa manera ar pesá?
Vamos, Lola, date maña
pa acabá con la agonía.

LOLA. ¡Juaniyo del arma mia!

MARIA. ¡Hijito de mis entraña!

PEPE. ¿Usté no sabe er refran?
Pos oigasté. Er muerto ar joyo
—¿estamos?—y er vivo ar boyo.

MARIA. ¡Pepiyo!

PEPE. ¿Que murió Juan?
¿Pos señó qué se ha é jasé?
¿Resusitaslo?—¡Ojalá!
¿Morirse? ¡Quí usté cayá!
Encomendaslo á Un Debé.
—Cumplió con la ley así.

MARIA. ¡Jay! ¡Mardita sea la ley!

PEPE. Se murió sirviendo ar rey.

MARIA. ¡Yo lo crié para mí!

PEPE. Si esa su suerte había sío.
—Er rey manda. Se acabo.
Suyo era y se lo yevó.

LOLA. ¡Ay!

MARIA. ¿Lo había er rey parío?

PEPE. Vamo, usté no está en lo cierto.

LOLA. Pero si mos lo han matao!

PEPE. Si había de ser sordao (Con amargura.)
más vale que se haiga muerto.
¿Sabe usté lo que es la vía
del infelis melitá?
Las de deriben pasá
descarsito y sin comía.
Caminá aunque tenga garrías
ardiendo ó muerto de frio;
y de miserias comío
comé un rancho de masmarrías.
Y aluégo en el hespitá...
(Al ver que vuelven á llorar.)
¿Mas quién jablá me ha mandao?

—La via de Juan Sordao (*Con tristeza.*)
es muy larga de contá.

LOLA. ¿Y tú lo viste caé?

PEPE. Le entró un balaso en er pecho,
andubo jasina un trecho (*Balanceándose.*)
y se fué con Dió á vé.

MARIA. Seis mese há que pasó
y aún me pienso que le veo.
No pué sé... ¡Si no lo creo!
¡No, no, si no es malo Dió!

PEPE. ¡Va! Si no es Dió, es er plomo.

LOLA. ¿Y ayí te dieon er balaso?

PEPE. Ayí me queé sin braso.
¡Qué dia!—Verás tú cómo.
—Ni Dió metía las narice
aonde estaba Juan cormigo,
que se vía el enemigo
encima, como quien dice.—
«¡Fuego!» grita er capitan—
¡y aqueyo tiene que vé!
ram, plam, plam—teré, teré—
pimpimpron, pin, pen, pin, pan!
¡Qué sapatista! ¡qué estruendo!
¡qué vení mosos roando!
¡Chif! ¡Chif!—Las balas sirvando.
¡Ay!... ¡ay!...—Los hombes muriendo.
¡Qué relinchá de cabayo!
¡qué caé de hombes, así! (*Juntando los dedos.*)
¡qué escupí fuego er fusí!
Aqueyo jué un dos é mayo.
—«¡Pepiyo?—Mi capitan.—
—«¿Ves endesde aquí aquer arto
onde ahora ha caío Trescuarto?»
—In pas de terne requián.—
Si señó.—«Pos mia, Pepiyo,
tira ar suelo ese morrá,
sar corriendo, véte ayá
y has más fuego que un castillo.»
—Señó, si no hay moso rubio
que ayegue hasta allí sin alas;
si ayí sacan crias las balas;
si aquello es otro Versubio!

—«¿Lo escrito está escrito?»—Sí.—
—«Y la ordenansa?—Lo está.—
«Pos anda.»—Vamos ayá.
Y este sartando ¡tipí! (Por el corazon.)
Pos señó, sargo y... plimplom!
en sarbo sea el lugá,
y ar moo de señalá
den ustés dispensacion,
marohando yo de reata
sin sabe cuándo ni cómo
me dió una onsita dé plomo
este canuto de lata.

MARIA. ¿Y Juan?

PEPE. Ya no estaba vivo;
cuando perdía la arsion
junto á er en dispersasion
pasamos toos huitivo.

LOLA. ¡Ay mi Juan!

PEPE. Á la sudiá
yegué á cuesta de un valiente,
y estuve mascando hingüente
seis mese en el hespitá.
Salí con esta presensia
de escapao de la mortaja
y...—«Ya pa ná sirves, naja:
Pepiyo; esta es tu lisensia.»
Dijo er capitan Chamorro.
—«Señó, ¡por las once mí!
¿Aónde va un hombre así?
déme usté siquiá un socorro.»
—«La caja está en un apuro
y tu *masita* incompleta.
Mira, ahí tienes tres peseta:
(Como haciendo un sacrificio.)
te debe er rey cuatro duro.»
—Y yo daito á los mengues
dije: «Gracias, on Ramon.
¿El rey me debe un doblon?
¡Que se lo gaste en meregues!»
—«No están perdios, no creas;
cuando estén los tiempos buenos...»
—«Quien yeva un cuarto de ménos,

(Señalando al brazo.)
ya no repara en moneas.»—
Dije, y dejándolo ayí
yenitos too de asombro
me eché las patas al hombro
y aquí estoy.—¡Ea, á viví!

MARIA. Anque jucra asin lisiao
quisía veslo!

LOLA. ¡Ay mare!

PEPE. Adió.

MARIA. Oye.

PEPE. (Secándose los ojos.)
Güervo. (Me aplastó.
¡Quién vió yorá á un lisensiao!) (Váse.)

ESCENA II.

LOLA, MARÍA.

LOLA. ¡Ay, mare mia!

MARIA. ¡Hijo mio!
¿Qué es lo que mos vá á pasá?

LOLA. ¡Solitas... desampará!

MARIA. ¡Nunca lo hubiera parío!

LOLA. ¡Ay!

MARIA. No llores.

LOLA. ¡Mare! ¡mare!

MARIA. Mia: yo ya he vivio harto;
pero, hija, si yo te farto
no te quea quien te ampare.

LOLA. Caye usté.

MARIA. Con mi pesá
ya me quea poca vía.
Ántes que muera, hija mia,
quieo dejarte colocá.

LOLA. ¡Quié usté cayarse, señora!

MARIA. Ño Curro...

LOLA. Acabe usté ahí!

MARIA. Se está muriendo por tí.
Ya no te quiere, te adora.

LOLA. Pero...

MARIA. Lo veo toos los dias

y ca vé más acabao.
Mira, él es hombre honrao;
él mos tiene arrecogías;
te quiere; es rico...

LOLA. Peró...
Usté no vé...

MARIA. Lola, vamo.
Ya que mi hijo y yo muramo
que no nos muramos tóo.
Alüégo... hay un qué dirán...
Ya dicen que es tu querio!

LOLA. Y qué importa el honó mio
si se me ha muerto mi Juan?

MARIA. ¿No me yamas mare? (Con solemnidad.)

LOLA. Sí.

MARIA. Pos jas lo que mando yo.

LOLA. Bueno. (Con sumision y á media voz.)

MARIA. (Vivirán los do.)

SARG. ¡Que la pas de Dios sea aquí!
(El sargento Utrera se presenta en la puerta de la derecha y las dos retroceden.)

ESCENA III.

LOLA, MARÍA, SARGENTO UTRERA.

LOLA. ¡Ah!

MARIA. ¡El Sargento!

SARG. Adios, patrona.

MARIA. ¡El que se yevó á mi hijo!
Váyase usté, melitá.

SARG. ¿Señora, estasté en su juicio?

MARIA. ¡Vendrá usté á quitá á otras mares
su consuelo, sus hijitos!
Váyase usté de este pueblo.
—¡Ese se yevó á Juaniyo!
(Desesperada y con terror.)

SARG. De moo y manera que...
señora. . si ese es mi oficio!
Unos son yevaos... ¿Estamos?
y otros los yevan... ¿me explico?
Po eso no samesté armá

terretremo y rebullicio.

LOLA. ¿Y qué trae usté?

SARG. ¿Qué he traé?
Vengo á yevarme otros quintos.

MARIA. ¡Lo ves! (Á Lola.)

SARG. ¡Si yo soy mandao,
patrona, por Jesucristo!
—Si un sagento no es Gobierno.
Á mí me dise er menistro
de Madrí,—que es quien gobiesna,—
en un paper mu pulido:
—«Sargento Utrera, en un sarto
(Afinando la voz.)
tomee vuesencia er camino
y traiga usté á Juan y Pedro
ó á Diego, Gir y Francisco,
y le beso á usté las manos
y Dios guarde á usté.—Er menistro.»
(Haciendo que rubrica en el aire.)
Pues y yo sargo najando
sin replicasion mu listo
y aquí de cuerpo presente
estoy por mor der servicio.

LOLA. Es verdá, él no tiene curpa.

SARG. Pos eso es lo que yo digo.
Si estoy más desesperao,
señora, que un perro chino
cuando le pelan er jopo
y le pican los mosquitos.
—Miste, no es por alabancia,
que en jamás boquita ha dicho
quer sargento Utrera sea
arguyoso y fantreistico,
pero en la guerra, patrona,
he estao jecho un Lonjinos.
¿Pos sabe usté que he ganao?
Pos ni esto: ni un comino.
Ni una mala arferecía (Con fuerza.)
ha querido darme er menistro.
¡Y aluégo pensará usté
ar mirá mi poderío
que yo tengo confluencias

en Madri! Ni toco pito,
ni tengo mano con naide,
ni trato con lechuguinos
de esos mir que en los papeles
lo mandan too por artículos.
La úrtima palabra é er *Creo*
es siempre er sagento.—He dicho.

LOLA. Pos es verdá.

SARG. Ya se vé.

MARIA. ¿Y usté vió morí á mi hijo?

SARG. Po eso vengo á verla á usté.
¡Qué sordao! ¡Probesito!
En toito er cuerpo no había
un muchacho más lucío.

LOLA y MARIA. ¿De veras?

SARG. ¡Quié usté cayá!
Er dia de su finiquito
sarvó ar generá la vía.
Si no es por ér no salimo
de aqueya mardita arsion
ni uno tan siquira vivo.
¿Sabe usté lo que decía
er generá, que es mu fino?
«No siento la arsion perdida,
(Queriendo hablar en buen lenguaje.)
que eso es efleuto é los tiros;
sino que aquer casaor
jaya sin premio morido.»

MARIA. ¡Ay! ¡si ér era como er jierro!

LOLA. Siga usté, sagento.

SARG. Sigo.
Ántes de empezá aquer fuego,
—parecía que ar probesito
su muerte un ánge der cielo
le iba cantando al oio—
vino á mí, se me cuadró,
jiso er saluo y me dijo:
«Mi primero.»—Juan—le dije.
—«Dios guarde á usté.—Y á tí, chico.
—Dice... «¿Estaté güeno?»—Si.
—«Me alegro.»—¿Y tú?—«Pasandito.»
—¿Qué quieres? le dije... y dice

—«Que me hagasté un favó.»—Dilo,
que hecho está si es comprastible
con las cosas der servicio.
—«Gracias, mi primero.»—Jabla.
—«¿Se acuerdasté que estuvimos
en Madrí?»—No me he acordá.
—«¿Y recuerdasté de un sitio
que le dicen puerta é er só
y no es puerta ni postigo?»
—Sí, donde está er Prencipá.
—«¿Y ha visto usté unos cuadritos
que jasen por tres pesetas
y está allí uno que ni vivo?»
—Sí.—«Pos miste: yo é las sobras
había ajorrao unos cuartiyos
y los gasté en que me pinten
pa mi mare.»

MARIA. ¡Ay, hijo mio!

SARG. Dice... «Si me da una bala,
ya que estoy espelerio
y naita le pueo dejá,
si usté güerve ayá por quintos,
déle usté estos quince riales,
esta tumbaga é oro fino
y esta pintura de mí
pa que se acuerde e su hijo;
y á mi Lola dele usté
este negro pañolito
pa ayua der triste luto
que se pondrá por Juaniyo.

LOLA y MARIA. ¡Ay!

SARG. Tome usté... y tome usté.

MARIA. ¿Y er cuadro?

SARG. Allá voy.

LOLA. (Besando el pañuelo.) ¡Juan mio!

SARG. Aquí tiene usté á su Juan
pintao ar mismirriotipo.
(Saca una plancha envuelta en un papel. Al presentársela María, que oye por primera vez aquella palabra, retrecede rechazándola.)

MARIA. ¡Ay! ¡qué é jeso!

SARG. Naa, patrona.

No es brujería ni hechizo.
—Er pintó coge un espejo;
(Acompañando con la accion.)
aluego corta un cachito;
lo pone ar só y usté enfrente;
se ve en ér la cara ar vivo;
entónces toma un pinsé;
lo moja en un cacharriyo
de cola de carpintero;
hunta er cristá y al avío;
se seca, y pegás con cola
se quean las faisones ar vidro.
¿Qué se debe?—Tres pesetas.
Que lo eseche, comparito,
con otro de tiersopelo.—
Esto es er mismirriotipo.

MARIA. ¡Mira, mira qué jermoso! (Á LOLA.)
Dále un beso. (Lo besan.)

LOLA. ¡Ay mi Juaniyo!

SARG. (Quién estuviera pintao.)

MARIA. ¿Y esto ha muerto, Santo Cristo?

ESCENA IV.

DICHOS, CURRO.

CURRO. ¿Se pue entrá? (Sin pasar del umbral.)

MARIA. (¡Ay, señó Curro!
Sécate.) Alante. Premiso
pie usté pa entrá en su casa?

CURRO. Ende que ustés se han servío
viví en eya, ya esta chosa
no es mi casa.

MARIA. Gracia.—¿Ha visto
usté que está aquí er sagento
que ha visto morí á mi hijo?

CURRO. Ya lo vide de vení
y le jablé en er camino.
¿Lloran ustedes por eso?

SARG. ¡Patron, si esto es un conflito!

CURRO. ¡Vamo! (Animándola.)
SARG. Le he traido en papeles
la filomía de su hijo.
CURRO. (¡Si Lola había de yorarme
quien se hubiea muerto, Dios mio!)
MARIA. Hija, dále ar melitá
comesacion un ratito
mientra le jablo á ñó Curro.
LOLA. Bien. (Sin dejar de llorar.)
SARG. (¡Bendito sea tu pico!)
(Se separan en dos grupos. María llama á Curro, que está distraido mirando á Lola.)
MARIA. Oigasté.
CURRO. ¿Quiere usté argo?
(Con franca solicitud.)
De usté es cuanto tengo mio.
MARIA. Muchas gracias. No era eso.
CURRO. Jable usté si en argo sirvo.
MARIA. Ño Curro, usté está por Lola
poco ménos que perdío.
CURRO. ¿Si usté lo ve, ñá María,
á qué jerirme en lo vivo?
MARIA. Lola me yama su mare;
y hace lo que yo le digo.
—Juan... se ha muerto!
CURRO. ¡Ñá María!
MARIA. Yo sé lo que usté ha sufrío
y le he jablao por usté.
CURRO. Acabe usté ya por Cristo. (Con ansiedad.)
MARIA. Ella no ha dicho que no.
CURRO. ¿Es verdá lo que me ha dicho?
(Corre loco de alegría hácia Lola y la interroga fuera de sí.)
SARG. ¡Jesú! ¡y qué súpito!
LOLA. ¿Quién?
CURRO. Tu mare.
LOLA. (Con dolor y bajando los ojos.)
Es verdá.
CURRO. ¿Qué he oío?
Yo estoy loco de contento.
Repite, mujé, repítelo.
SARG. ¿Le ha caío asté er premio gordo?

CURRO. ¡Yo estoy loco! ¡Jabla! ¡dilo!
LOLA. Cuando eya jabre la boca
firma er rey. (¡Ay mi Juaniyo!)
CURRO. La tierra que tú pisares
besaré de agradecío.
Mira. Yo naita decía;
pero si serraba er pico
es como lo sierra er pájaro
que va á morirse cautivo.
LOLA. ¡Oh!
CURRO. Yo me moría, Lola,
de quereles consumío.
SARG. (¡Güeno!)
CURRO. Esto es nasé dos veces.
¡Yo había muerto y resucito!
SARG. (Pos señó, er chacó me pongo
que en este cuarto entra frio.)
CURRO. Mia, yo no te quitaré
que yores po er probesito.
No jeñó; yoremos juntos,
que era un moso muy cumplío;
y juntos le resaremos;
y más misas po el alivio
de su arma hemos de mandá,
por si á la gloria no ha dío,
que puen desí veinte curas
desde aquí ar dia der juisio.
MARIA. Gracias.
SARG. (Esto huele á casorio.)
MARIA. Escúcheme usté; ahora mismo (Á Curro.)
los dichos tien que tomarse.
CURRO. ¿Quieres? (Á Lola.)
LOLA. Si mare lo ha dicho...
Eya es quien manda.
MARIA. Sí, Lola.
Er sagento de camino
sardrá...
SARG. Mañana sin farta.
MARIA. Y ya tú ves, es presiso
por si hubiera impeimento
que atestigüe con Pepiyo
que en er campo de bataya

vió caé muerto á mi hijo.
LOLA. Bien. (Resignada.)
CURRO. ¡Ah! (Con alegría.)
MARIA. (Á Curro.) Sargasté corriendo
po el escribano y testigo.
Sargento, espere usté aquí.
Tú á ponerte otro vestío. (Á Lola.)
CURRO. María, der purgatorio
ha sacao usté un arma.
MARIA. Vivo.
CURRO. Adios, Lola.
LOLA. Adios.
CURRO. (Á María y al Sargento.)
Adió.
(¡Soy de toa España er más rico!) (Váse.)
MARIA. (Ya me pueo morí tranquila.)
Entra. (Á Lola.)
LOLA. (No yevo sentío.) (Váse.)
MARIA. ¿Sagento?...
SARG. Presente. Espero.
MARIA. ¡Usté vió morí á mi hijo!
(Coge de una de las rinconeras una botella y un vaso; lo pone sobre la mesa indicándoselo al Sargento y se limpia los ojos.)
¡Quién como usté! ¡Yo lo hubiera
con mis besos revivío! (Váse.)

ESCENA V.

EL SARGENTO UTRERA, con la botella en una mano y el vaso en la otra.

¿Pa qué piensan estas mares
que habrán los hombres nasío?
El hombe pa matá hombes
ar mundo tan sólo vino.
¿Pos si no fuea po la guerra
habría pan pa tanto pícaro?
—Echemos penas pa abajo. (Bebe.)
Jasta verte, Cristo mio.

ESCENA VI.

EL SARGENTO, PEPE.

PEPE. Hola! ¿Quién es?—¡Er Sargento!
—Que aproveche.
SARG. (¡Adiú! Er lisiao.)
PEPE. (Ahora me las va á pagá.)
Oigasté, moso canario, (Provocativo)
¿fué usté er que en una ocasion
me mandó arrimá dies palos?
SARG. (Haciendo que no le ha oido.)
¿Quiere usté probá este neita?
PEPE. Asin le crie asté ranos
en er armasen der pan.
SARG. Hombe, ¿te he ofendido yo en argo?
PEPE. Digasté: usté es er mosito
der coroní? (Pausa.)
SARG. (Levantándose.) ¿Te he fartao?
PEPE. Pregúntele usté á mi esparda.
SARG. Mira que yo ar fin y ar cabo
anque pruente y sufrío
tengo mi armita en mi armario.
PEPE. Po sárgase usté pa juera.
SARG. Deja que líe er sigarro.
(Pue señó, uno de los do
pue icí que las ha liao.)
(Saca una caja de fósforos, enciende el cigarro y tira la cerilla. Pepiyo saca un puro. Va á coger el cigarro del Sargento para encender; éste lo retira; enciende otro fósforo y se lo da.)
PEPE. (Por si no güervo á jumá
jumaremos por si es caso.)
Melitá, ¿me da usté er fuego?
SARG. Con mucho gusto, paisano.
Tome usté. (Sin mirarlo.)
PEPE. ¿Qué es esto?
SARG. Un pírfuio.
PEPE. ¿Sí?... Po tome usté dos cuarto.
(Primero se rasca en la faja y despues de hacer

que se prepara saca la moneda. El Sargento despues hace el mismo juego.)

SARG. ¡Hombe!... Cómo apesta eso.

PEPE. ¿Qué quie usté? ¡Como es de estanco!...

ESCENA VII.

DICHOS, CURRO, el NOTARIO, TESTIGOS y CONVIDADOS. Despues LOLA y MARÍA.

Curro, los convidados y testigos traerán capas á pesar de vestir de verano, como prenda indispensable en tales ceremonias. El Notario trae capa tambien, pero azul y sombrero de copa alta. María sale con la mantilla de tira puesta, y Lola con traje de color, rosas blancas en la cabeza y mantilla de encaje. Sale una muchacha; enciende las velas del Cristo y retira el velon. El Notario se pone detrás de la mesa; Lola y María á la derecha; Curro y el Sargento á la izquierda; Pepe á la derecha algo retirado; los demas se sientan en las sillas que habrá rodeando la habitacion. El Sargento se coloca delante del pie de velon; sobre el que habrá un espejito de esos de caja de carton.

CURRO. Entren ustés en su casa.
Pase usté, señó Notario.—
Asiéntense ustedes.—¿Pepe?

PEPE. Aquí estoy asté esperando
desde que ántes en la caye
me habló usté. (Todos se sientan.)

SARG. Oigasté, paisano.
¿Quién es aquer languilucho!

CURRO. ¿Cuár?

SARG. Aquer entiriyao.

CURRO. El escribano.

SARG. (¡Jesú!
¡yo metío entre escribano!)

CURRO. Jáganme ustés el orsequio
de asperá. ¡Lola!
(Llamando en la puerta del foro.)

MARIA. (Dentro.) Ya vamos.

SARG. (Y es como un hombre cuarquiera.)

(Por el Notario.)
No tie facha é bicho raro!)

MARIA. Dios guarde á ustedes, señores...
(Todos se levantan. Murmullo de aprobacion al ver á Lola.)
(Vamos, hija mia, ánimo.) (Á Lola.)

SARG. (Al pasar Lola por su lado.)
(¡Jasú! ¡esta es la impresurta!)

NOTARIO. ¿Están todos?

CURRO. Toos estamos.

SARG. (Siempre por el Notario.)
(¡Y jabla á lo pitifino!)

NOTARIO. Voy á leer el contrato.
«Ante mí... hum... el infrascrito...»

SARG. (Señalando á Curro y como enmendando.)
(Frasquito?)

NOTARIO. «Á tantos... de tantos...»
hum... hum... —fórmulas— hum... hum...
hum...

SARG. Estamos enteraos.

NOTARIO. Hum... hum... hum... hum... «Y dijeron.»

SARG. (Pos paese que ha dicho argo)

NOTARIO. ¿Su gracia de usté? (Á Curro.)

CURRO. Francisco
Solares y Campuzano.

NOTARIO. ¿Viudo ó soltero?

CURRO. Soltero.

NOTARIO. ¿De profesion?

CURRO. Propietario.

SARG. (¡Cómo le mete los deos!)

NOTARIO. ¿Edad?

CURRO. Treinta y cinco años.

MARIA. (¡Valor, hija!

LOLA. Yo me muero.)

NOTARIO. Firme usté aquí.

CURRO. (Dejando la pluma.) ... y Campuzano.

NOTARIO. Ahora la señora.

CURRO. Ven.

NOTARIO. (Al Sargento y á Pepe.)
Ustedes más apartados.

SARG (Paese cosa é inquisicion.)

PEPE. (Juan, Dios te haiga perdonao!)

NOTARIO. ¿Su gracia de usté?
LOLA. Dolores...
y bien puesto er nombre ha estao.
NOTARIO. ¿El apellido?
LOLA. Saldívar.
NOTARIO. ¿La edad?
LOLA. ¡Diez y siete años!
SARG. (Pos señó, no son curiosos
apenas los escribanos.)
NOTARIO. Dió usté palabra de esposa
á otro?
LOLA. ¡Sí que se la he dao!
pero murió el probesito
en la guerra peleando.
PEPE. (Adelantándose.) Yo testigo que lo vide.
SARG. (Id.) Pues, y yo tamien ¿Estamos?
Yo fí testigo oculan.
NOTARIO. ¿Su nombre de usté?
SARG. (Receloso.) Me yamo...
Dionisio Utrera, sargento (Con aire de reto.)
der Príncipe.—¿He dicho argo? (Al Notario.)
NOTARIO. Pepe, firma aquí.
PEPE. Me estorba
lo negro para firmarlo.
Allá va una crus más grande
que la crus que está ahí abajo.
(Todos se habrán levantado y rodearán la mesa dejando libre la derecha.
NOTARIO. Sargento, usté.
SARG. (Receloso.) ¿Dónde?
NOTARIO. (Enfadado.) Aquí.
SARG. Deje usté que lea. (Canario
no me arme er gachó un enjuagüe,
que á la postre es escribano.) (Lee y firma.)
NOTARIO. Usté, Lola.
(El Sargento deja caer el espejo que está en el pie de velon al apartarse de la mesa.)
LOLA. ¡Ay!
MARIA. ¿Qué es eso?
SARG. (Muy apurado.)
¡Naa! Que he jecho mir peasos
el espejo. (Movimiento de todos.)

LOLA. Ay que se ha roto
cuando yo estaba firmando!
SARG. Perdone usté... yo... señora...
MARIA. Mos va á pasá argo malo.
NOTARIO. Hum... hum.. hum... hum— y dijeron...
hum... hum... Ante mi el notario...
¿Se ratifican ustedes?
CURRO. Sí.
LOLA. Sí. (Con voz débil.)
(María quita la mantilla á Lola, cuando esta acaba de firmar.)
SARG. Mos retificamos.
(Un embozado aparece en la puerta de la derecha, desde donde escucha. Cuando todos se ponen en movimiento, se desliza por el muro hasta lograr entrarse en la alcoba del foro y cubrirse con la cortina.)
NOTARIO. Recibe usté por esposa
á Dolores? (Con solemnidad.)
CURRO. Sí.
SARG. (¡Otro emplasto!)
NOTARIO. ¿Recibe usté por esposo
á Francisco Campuzano?
LOLA. Sí.
EMBOZ. (¡Ah!)
(Muy reconcentrado y retrocediendo. Comprende de un golpe lo que está pasando.)
NOTARIO. Hemos concluido.
Dios los haga bien casados.
VARIOS. Que sea mu enhorabuena.
CURRO. Gracias.
OTROS. Y por muchos años.
CURRO. Háganme ustés el favó
de venirse jacia abajo
á tomá arguna probesa
de lo que hay en casa.
SARG. (Muy diligente.) Vamo.
CURRO. No vienes, Lola?
LOLA. No; yo
necesito argun descanso.
CURRO. Qué felís me ha jecho, Lola.
PEPE. (¡Probe Juan!)

SARG. Vamos andando,
que están ar caé las ánima
y me asperan mis sordaos.

MARIA. Gracias, hija.

CURRO. (Á María.) Venga usté,
que donde hay ama, no hay amo.

MARIA. (Ya pueo volá con mi hijo
descuidiá!) Vamo. (Váse.)

ALGUNOS. Arsando.

(Se marchan todos por la puerta de la derecha: el Sargento se queda el último y dice á Lola cuadrándosele.)

SARG. Salero, sirvo en un cuerpo
que es lo mejó y más granao;
pero por su cuerpo é usté
doy aquer y este! ¡Juy!! Vamo.

(Lola al verse sola se abandona á su dolor. Las seguidillas siguientes deben decirse con mucha entonacion.)

ESCENA VIII.

LOLA.

Se fueron... ¡ya estoy sola!
¡Ay lagrimitas!
Ajogarme mis lágrimas,
si es que sois mias.
Ay de mis males,
ay que estas calenturas
son incurables.

—

Sirguero, sirguerito (En la ventana.)
que alegre cantas,
cuando mi Juan vivía
tamien cantaba.
Hoy mis cantares
son de peniyas negras
y de jachares.

—

(Se oye toque de campanas.)
Der lugá las campanas
tocan á vuelo.

Me da angustia su alegre
repiqueteo.
Dobla, campana,
mi queré muertesito
tu doble paga.

—

(Lola se deja caer sobre el alfeizar de la ventana. Juan se presenta embozado en el foro, baja lentamente y se coloca en el centro de la escena; arroja la capa y el sombrero y se cruza de brazos. —Pausa.—Lola al ruido vuelve la cabeza, lanza un grito y retrocede espantada.)

ESCENA IX.

LOLA, JUAN.

LOLA. ¡Ah!
JUAN. ¡Silencio! (Echando fuego por los ojos.)
LOLA. (Dirigiéndose al cielo.) ¡Vigensita!
JUAN. (Con rabia reconcentrada.)
No te pongas á rezá
que no soy ánima en pena.
Yo no me he muerto en jamá.
LOLA. (Loca de alegría.)
¿Eres tú? ¿Tú no te has muerto?
¡Ay! ¡yo estoy embelesá!
(Creyendo que sueña.)
JUAN. Cuando dos que se han querío
se encuentran tan sin pensá
los colores se les muan
(Con chacota sangrienta.)
y er sentío se les vá.
No me he muerto, no me he muerto;
(Con energía.)
cuentas tengo que ajustá,
y no sargo de este mundo
sin dejarlas arreglá.
LOLA. ¿Pero qué es esto?
JUAN. Que er cielo
te ha querío castigá. (Con acento terrible.)

LOLA. (Desvariando.)
¡Yo estoy loca! ¡Esto es un sueño!
JUAN. Esto, Lola, es la verdá.
En er campo me dejaron (Variando de tono.)
por muerto seis meses há;
y unos probes pastorsitos,
á quien Dios lo pagará,
me llevaron á su choza
pa curarme de mi má.
(Con terrible desconsuelo.)
¡Nunca curaran pastores
al infelis melitá
si había de ve su vista
lo que aquí mirando está!
LOLA. ¡Juan! (Aterrada.)
JUAN. Viendo que me tenían
por muerto en toas partes ya,
me deserté der servicio
por verte, Lola, no má.
(Con desesperacion.)
¡Si ahora me dan un tirito
bien empleao me está!
LOLA. Yo no entiendo lo que dices. (Fuera de sí.)
JUAN. (Con rabia reconcentrada.)
¿Sabes lo que oí al llegá?
«Lola, ¿quié usté por esposo
ar señó?»
LOLA. Sí, que es verdá.
(Comprendiendo de un golpe.)
¡Ay que aquel espejo roto
me lo venía á anunciá!
JUAN. ¿Y sabes que ví á tu mano (Amenazador.)
en aquer papé firmá,
y que cuando no me he muerto
nadie muere de pesá?
LOLA. Pero mi queré y er tuyo (Con arrebato.)
son siempre iguales. ¿Verdá?
(Lola quiere cogerle una mano; Juan la rechaza, y casi fuera de sí y con tono semi-salvaje continúa la escena.)
JUAN. Si hubo entre los dos quereles
no los quieras compará,

que hay más diferiencia en eyos
que arenas tiene la má.

LOLA. Por mucho que er tuyo sea (*Con verdad.*)
er mio lo deja atrá.

JUAN. Tu querer es como el toro; (*Con desprecio.*)
donde lo yaman, se va.
Er mio es como la piera; (*Con energía.*)
donde lo ponen, se está.

LOLA. ¡Pero ascúchame, Juaniyo!
¿Tú no oyes rasones ya?

JUAN. Á los hombres más leíos
y á aqueyos que sepan má,
quítales tú su querencia
los verás prevaricá.
¡Salomon con sé tan sabio
prevaricó de verdá
que no le yegó la sencia
aonde el afleuto está!

LOLA. Pero...

JUAN. Cuando en mi cuarté
en tí comienso á pensá,
¡las paeres! se escalichan (*Como loco.*)
de faitigas que me da.

LOLA. Juaniyo, mira mi yanto.
(*Presentándole el pecho.*)
¡Pégame una puñalá!

JUAN. (*Con furor mal reprimido.*)
Á las puertas de la muerte
no me me vengas á yorá.
Ya que no me quites penas
no me las vengas á dá.

LOLA. ¡Jesú! ¡Yo me caigo muerta!

JUAN. Dios te quiere castigá. (*Con solemnidad.*)
¿Pos qué te pensabas tú?
¿No hay más que á un hombe matá?
(*Con sangrienta ironía.*)
De lo que conmigo has jecho
bien te tienes que acordá,
que er trebuná de Undebé (*Aterrador.*)
no perdona charraná:
(*Cogiéndola con violencia por el brazo.*)

LOLA. ¡Déjame que me lastima!

JUAN. Ven, mala mujé, hácia acá.
(Queriéndola arrastrar hácia la ventana; ella sin fuerzas y aterrada escucha temblando y sin atreverse á mirarle á la cara.)

LOLA. Ya voy.

JUAN. Mira jacia er campo.

LOLA. Es de noche, no veo ná. (Aterrada.)
(Con tono bajo y solemne.)

JUAN. ¿Ar rayito de la luna
que empieza á cabriyeá,
no ves una crus de piera
negra como mi pesá?
(Con entonacion salvaje.)

LOLA. No. (Queriendo separarse de la ventana.)

JUAN. Si ties la vista turbia
ven, ven, acércate má.

LOLA. No! si no la quieo vé. (Llorando.)

JUAN. Si la tienes que mirá.
(Forcejea con ella fuera de sí.)

LOLA. ¡Juan¡ (Cae de rodillas á sus piés.)

JUAN. Jincá delante de ella,—
—como tú,—una niña está.
(Haciendo que mira por la ventana.)
Oye, mia lo que dice
á un probe que va á marchá
por montes y caminitos
la pena negra á pasá.
(Haciendo que repite lo que oye por la ventana.)
—Po esta crus, arma del arma,
yo te lo quiero jurá.
Si tú no güiervcs, Juaniyo,
con parma me han de enterrá.

LOLA. ¡Oh! (Cubriéndose la cara con las manos.)

JUAN. Contento con su pena
ya er probesito se va.
—Vamos con ér... No, no, no,
quedémonos por acá.
(Con profunda amargura.)
—La via de Juan sordao
es mu larga de contá.

LOLA. ¡Juan!

JUAN. ¿Qué es lo que jase eya?

(Volviendo á mirar.)
Er yanto la va á ajogá.
¿Pero ques eso? ¡Se rie!...
Oye... comienza á cantá.
(Hace que escucha.)
«Si te vide no me acuerdo;
no me vengas con toná;
para un hombre que se vaya,
veinte quean por acá.»
(Estos últimos versos los recita casi cantados con mucha amargura y muy por la bajo al oido de Lola; esta, terminada la copla huye atemorizada al ver la descomposicion de la fisonomía de Juan.)

LOLA. Déjame.
JUAN. ¡Ven!
LOLA. Si no pueo.
JUAN. ¡Si lo tienes que mirá!
(Llevándola de nuevo á la ventana.)
LOLA. Déjame.
JUAN. ¡Mala mujé! (Con rabia brutal.)
LOLA. Es de noche, no veo ná.
JUAN. ¿No hay ayí una crus de piera
negra como mi pesá?
(Helada de espanto)
LOLA. ¡Ojos que la están mirando
más le valieran segá.
(Juan la lleva con violencia al centro de la escena y le dice con mucha reconcentracion la balada siguiente, pero sin soltarle el brazo.—Pausa.
JUAN. ¿Sabes por qué está esa crus
á la entraa der lugá?

—

(Con entonacion casi salvaje.)
Una gitana bravía
de la sierra der Mimbrá
ducha en la mágica negra,
larga, cana, espiritá,
que ha dies años vivía
en parte con Satanà,
en cá der pare e mi pare
yamó una noche ar soná

en er reló de la iglesia
secas doce campaná.
(Sombrío.)
«Quién.»—La Loba.—Le llamaban.
la Loba de Benaocá.—
«Entra y caliéntate, Loba.»
—No me quiero calentá
que de frio mis hijitos
titiritan en Mimbrá.—
Á la lus de la candela (Con misterio.)
que se empezaba á apagá,
mi pare, que era un chiquiyo
miró á la gitana entrá.
Su larga melena cana,
por er viento despeiná,
traía ensima más nieve
que er pico e Sierra Nevá.
En su cara como er jumo
y más que negra arrugá,
dos ojos que echaban fuego
jasían er suelo mirá.
Cuando pae lo contaba, (Con espanto.)
y eso que era hombe de edá,
se le ponían los pelos
(Acompañándolo con la accion de los dedos crispados.)
de punta como un piná.—
«Siéntate, Loba, le dijo
mi abuelo al vesla yegá.»—
(Con tono solemne.)
«No me siento, no me siento,
ni me quiero calentá,
que en un cuarto de hora tengo
catorce leguas que andá,
y de corré por los aires
mi escoba está acansináa.—
¿Pos qué quieres?»—«Sólo quiero
contigo al instante hablá.
(Con tono profético.)
Lo que en er cielo ha pasao
yo te lo vengo á contá.
Á las puertas de la gloria

la Vígen con Cristo está
y su plática escuchando
toa la córte celestiá.
—Tus dos piaras de cabras
(Con tono amenazador.)
te se tienen que ajogá,
y tu rancho y tu quesera
te se tienen que quemá.
Si hoy er más rico der pueblo
eres por causaliá,
será el hijo de tu hijo
er más probe der lugá.
Cuando tenga veinte años
su cuerpo de aquí se irá,
su arma en figura e paloma
por aquí voleteará.
Frabica una crus de piera
que en ella descansará;
pero no le pongas luces
(Con temor supersticioso.)
que en eya se pue quemá.»—
Esto dijo la gitana (Con desesperacion)
y too cumplío se está;
y esa es la crus... y yo el arma
de que vino á platicá
la gitanita bravía
de la sierra der Mimbrá. (Suelta á Lola.)

—

LOLA. ¡Me das mieo! (Sobrecogida.)
JUAN. ¡Mira! ¡Mira!
(Volviendo á asirla.)
LOLA. ¡Ay! ¡me lastima!
JUAN. Ven.
LOLA. (Grito espantoso.) ¡Ah!
¡Esa crus mi sepultura
mu pronto coronará!
MARIA. ¡Lola! (Dentro.)
LOLA. (Con terror.) ¡Tu mare!
JUAN. (Volviendo en sí.) ¡Jasú!
er verme la va á matá!
Maresita, no me veas,
que pronto no me verá!

ESCENA X.

DICHOS, MARÍA.—Juan se retira al foro y Lola se queda apoyada en un mueble casi sin sentido.

MARIA. ¡Lola! ¿Qué grito ha sío ese?
LOLA. ¡Ese grito!... no ha sío ná.
(Trémula. No acierta á hablar.)
Ha sío que ¡Juan!...
MARIA. ¿Qué dices?
¿te se ha aparecío quizá?
LOLA. ¡Sí señora!
(Corre hácia ella con los brazos abiertos, vacila un momento pero acaba el verso cayendo en su seno.)
¡Pero vivo!
MARIA. ¡Cómo! Habla, acaba de hablá.
(Con espantosa agonía.)
LOLA. Que está aquí. (Casi gritando.)
MARIA. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ¡ay!...
(Los tres ayes primeros son como creyéndose loca y llevándose las manos á la cabeza, el último viendo á Juan y corriendo hácia él. Juan corre tambien y se abrazan en el centro de la escena.)
JUAN. ¡Mare!
MARIA. ¡Hijo mio!
LOLA. ¡Cayá!
MARIA. ¡Hijito de mis sentraña!
(Despues de una pausa tocándolo.)
Eres tú, sí, vivo está. (Se besan.)
¡Mi hijo vive!
(Loca corriendo de un lado á otro.)
LOLA. ¡Caye usté!
¡Se ha tenío que desertá
y si lo saben lo matan!
MARIA. ¿Quién junto á mí lo ha e matá?
(Cubriéndolo.)
Que vengan y me los como. (Con ferocidad.)
JUAN. ¡Mare!
MARIA. No temas tú ná.
¡Ni er pare Santo de Roma

me güerve e tí á separá!

LOLA. ¡Gente sube! Juan, escóndete.
(Desencajada.)

MARIA. Sí, escóndete. (Id.)

LOLA. ¡Es tarde!

SARG. ¡Ah!

(Sale el Sargento, ve á Juan y retrocede espantado y haciendo la cruz.)

ESCENA XI.

DICHOS, el SARGENTO UTRERA.

SARG. Si eres arma e otro mundo
y vienes á reclamá
tus sobras, vete, que en misas
toito se ha de gastá.
(Juan se tercia la capa y abre la navaja.)

JUAN. Si dasté un paso pa elante
quea usté abierto en caná.

SARG. ¿Cómo? ¿no estás muerto? Entónce
¡eres desertó! (Tira del sable.)

JUAN. ¡Atrá!

SARG. ¡Sordaos, ar Sargento Utrera!
¡Á la guardia! (Gritando.)

LOLA. (Id.) ¡Curro!

JUAN. ¡Ja!...
(Sarcasmo y rabia reconcentrada.—Una pausa imperceptible casi. Al oir la palabra Curro queda completamente desconcertado.)
¡No me acordaba de Curro!...
¡Llévome usté á fusilá!
(Tira la navaja y la capa.)

LOLA y MARIA. ¡Ah!
(De terror y casi imperceptible.)
(Se presentan en la puerta izquierda Curro y los Soldados: cae el telon.—Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Bosque en el corazon de la serranía de Jerez.—Del centro del escenario y desde el segundo término parte una espesísima calle de árboles que se perderá en el fondo; el piso de todo el escenario cortado en bancales: por la izquierda de la calle del foro correrá un arroyo viniendo á formar una gran laguna en primer término: las orillas del arroyo y bordes de esta están cubiertos de flores, cañas, juncos, adelfas, rosales silvestres y malvas locas: á la derecha y en primer término una senda que desciende al foso abierta en las peñas: á la izquierda otra que se eleva algunos piés sobre el tablado y que se comunica con las otras rampas del foro.—La escena está enteramente cobijada por una bóveda de ramaje que forman los robles y las encinas. El primer término es la única parte transitable, pero tambien su centro está interrumpido por la laguna y las rampas de derecha é izquierda: por todas partes brotan madroñeras, madre-selva, retama y tomillo; no quedará descubierto nada absolutamente del tablado. Es casi una selva vírgen en la cual la vejacion está en su mayor esplendidez: algunos troncos cortados en primer término. Los rayos de un sol de estío pasando á través del ramaje iluminan la escena reflejándose en las aguas de la laguna.

ESCENA PRIMERA.

JUAN CAMPI, el SARGENTO, SOLDADOS.

Campi aparece á la izquierda cortando leña; el Sargento sube por la rampa de la derecha con la bayoneta calada y el fusil preparado, los soldados le siguen en la misma actitud. Vienen como ojeando.

SARG. (Muy bajo.)
¡Arto! Arrr. ¡Preparen!—¡Quietos!
Voy á vé si argo averiguo (Sale.)
por ese viejo petuto.
Dios guarde asté, buen amigo.
CAMPI. (Haciendo que no lo ha visto ni oido.)
(Á otra puerta.)
SARG. ¡Eh! ¿no oye usté?
¡Que no jablo con los mislos!
CAMPI. (En boca serrá...)
SARG. (Alzando mucho la voz.)
¡Abuelo!
CAMPI. Hombe, no pegue usté gritos
que no jablasté con sordos.
SARG. Acabáramos.—¿Ha visto
usté pasá por aquí
á uno que le icen Juaniyo,
que es sordao y de ese pueblo?
CAMPI. ¿Er pueblo?... Too ese camino
tome usté en peso—¿estasté?—
mu derecho y andandito...
yegarasté á una laera
aonde hay un Santo Cristo.
—No jagasté ningun caso
de aquer buen señó bendito —
Sigasté echao pa elante
andando, andando—¿me explico?—
tírese usté á la disquierda,
y cuando dé usté de hocico

contra una paré mu blanca,
ya estasté ar fin der camino.

SARG. Hombe, si no digo eso (Gritando).

CAMPI. ¡Ah... ya! Ese es cantá distinto.
—Queso si ha de sé de cabra
abajo en aquer cortijo.

SARG. ¡Pero no oye usté!...

CAMPI. Más bajo,
porque aunque estoy de este oío
(Por el derecho.)
un poco tiniente, oigo.

SARG. Pos escuche usté.—Juaniyo...
¿Oye usté? (Pasándose al lado izquierdo.)

CAMPI. Sí.

SARG. Es desertó.

CAMPI. Estoy.

SARG. Lo había yo cogío
y estaba preso.

CAMPI. ¡Chipen!

SARG. ¿Me he explicao?

CAMPI. De lo fino.

SARG. Er pueblo se prenunció...
—¿oye usté?

CAMPI. ¿Pos no he de oislo?

SARG. De la prision lo sacaron;
salió najando huitivo;
di parte... ¿Me basté oyendo?

CAMPI. Sí.

SARG. Me han mandao por escrito
que donde quiea que lo encuentre
jaga con é un domisilio.

CAMPI. ¿Ilio?

SARG. (No sabe de letras.)
Que le atise cuatro tiro.

CAMPI. Estoy.

SARG. ¿Conose usté á Juan?

CAMPI. Sí, señó, dende chiquito.
—Yo soy er señó Juan Campi;
y me icen er tuerto fino
poique me saqué este ojo
por mor de no dí ar servicio.

SARG. ¿Y ha visto usté pasá ar préfulo?

CAMPI. ¿Préfulos? No. Gasto avios.
Pa ensendé es mejon la yesca.

SARG. (¡Yaman préfulo á los pírfulo!
¡Qué inorancia la der pueblo!)
Digo si vió usté á Juaniyo.

CAMPI. ¡Ángela María! Sí.
Jase poco po este sitio
pasó trotando.

SARG. ¿De veras?
Me saca usté é un compromiso.
Si no lo presento, á pórvora
me güele este cuerpesito.
Digasté, ¿por dónde vá?

CAMPI. ¿Ve usté este deo?
(Señalando con el índice y mencando el pulgar.)

SARG. Ya lo miro.

CAMPI. (Señala para la izquierda con el índice.)
Pos po ahí derecho tomó.

SARG. Muchas grasias, buen amigo;
y Dios se lo pague asté.

CAMPI. Salú. (¿Quién me compra un lío?)

SARG. ¡Ejército! ¡Marchen! ¡Arrr!
Dios te abra er sielo, Juaniyo.
(Se colocan las armas como en la salida y se marchan por la rampa de la izquierda.)

ESCENA II.

JUAN CAMPI, JUAN.

Cuando sale el Sargento y sus soldados desaparecen, Juan Campi los sigue con la vista un buen rato. Examina escrupulosamente la escena y seguro de que no puede ser espiado, saca un pito de esos que como reclamo usan los cazadores para atraer á las codornices, é imita con él el canto de este ave. Se oye dentro otro canto igual al que contesta Campi más precipitadamente, y sale Juan poco á poco avanzando con precaucion. Viste el traje del primer acto y trae canana, cuchillo de monte y escopeta de dos cañones.

CAMPI. !Juan!

JUAN. ¡Señó Juan de mi arma!

CAMPI. Por ahí se ha dío el sargento.
JUAN. Que Dios se lo pague asté.
CAMPI. ¡Tengo un hijo en el ejército!
JUAN. Dios lo haga mejor sordao
que ha lo sío su compañero.
CAMPI. Mira, tu mare me ha dicho
que aquí la asperes aluégo.
JUAN. ¡Probesita!
CAMPI. (Señalando á la derecha.)
Miala ahí.
Pa que platiqueis te dejo.
MARIA. ¡Hijo mio!
JUAN. ¡Mare mia! (Se abrazan.)
CAMPI. ¡Tengasté hijitos pa esto!
(Se va meneando la cabeza.)

ESCENA II.

JUAN, MARÍA. María trae un cestito cubierto con un pañuelo blanco.

MARIA. ¿Por qué yoras?
JUAN. Yo no yoro.
MARIA. ¿No te tenía yo por muerto?
¿No vives? ¿No estás cormigo?
¿Pos qué te farta, lusero?
JUAN. Naita, mare.
MARIA. (Mirando para todas partes.)
¿No estás
seguro?
JUAN. Como en er cielo.
Ni los pájaros puen verme
en la cueva en que me meto;
y ¡ay! de aquer que se arrime,
que de un tiro le vorteo.
MARIA. Pos entónces, hijo mio,
abre á la alegría ese pecho.
¡Un hijo que tiene mare
es más que un rey que tie reino!
JUAN. Tiene usté rason.
MARIA. Asiéntate.
Mia, aquí te traigo el armuerso.

¿Tienes jambre? (Se sientan á la izquierda.)

JUAN. ¡No señora.

MARIA. ¿No? ¿Pa qué me dices eso?
Si es presiso. ¡Toito er dia
por medio é montes y cerros!
Ea, vamos. Yo no he armosao
¡y si vieas que ganas tengo!...
(Con mucho cariño)
Mira. Te traigo embuchaos,
—¡ya te acordarás. de aqueyos
que á tí te gustaban tanto!
—lo que jago po el invierno;—
y un pan de jigos tan rico,
y unas uvas, y unos peros
que se hasen los dientes agua.
—¿Conque quieres que armosemos?

JUAN. Mare, no se canse usté.
Pa mí la comía es veneno.

MARIA. ¿Por qué?

JUAN. Los hombres tien sino.

MARIA. ¿Pero por qué dices eso?

JUAN. Mare, ¿no se acuerda usté
que la noche der sorteo
que probó mi suerte mala,
á las doce ó poco méno
se dispertó usté asorá
ar ve que no estaba ardiendo
la lus que usté le ensendía
ar Cristo de los Remedio?

MARIA Sí.

JUAN. Pos fué que una lechuza
se fué el aseite bebiendo;
y aluégo vino á mi cama;
y empezó un revoloteo
á mi arreó jasina,
como círculos jasiendo,
y ar que hiso trece me dió
conlas ala un gorpe recio
en la frente, y por el patio
voló jasta er cimenterio,
que yo saliendo la víe
posarse en el braso é jierro

de la crú e la sepurtura
der probesito e mi agüelo.

MARIA. Hijo, no pienses así.

JUAN. En desde jase argun tiempo
estoy, mare, como dío
y en esto tan sólo pienso.
¡Á mí! que tengo este arma
y un corazon tambien puesto,
cuando estoy de noche solo (*Con terror.*)
me dan los ruios mieo.

MARIA. ¿Temes que te cojan?

JUAN. (*Con arrogancia.*) No.

MARIA. Entónces...

JUAN. Es peó que eso.
Yo no le temo á los hombes,
que le temo ar sino negro.
—¿Se acuerdasté, mare mia,
dè aquer jorronoso cuento
que mos contaba mi pare
de noche á la lus der fuego?
¿Ve usté esta arruga en mi frente?
Pos aquí escrito lo tengo.

MARIA. (*Aterrada.*) ¡La gitana der Mimbrá!
¡Caya! ¡Me erisas er pelo!

JUAN. La Loba tenía un hijo
y le tocó en er sorteo
como *á mí* ¡er número uno!

MARIA. (*Con horror.*) Es verdá. ¡Ya lo recuerdo!

JUAN. En aquer entónces era
mi agüelo el amo der pueblo.
La Loba hecha un mar de lágrimas
se fué muertesita á veslo:
—«Don Juan, que mi hijo es sordao,
líbrelo usté con dinero.»
—Que vaya á servir ar rey.
—«Deme usté loben.»—No tengo.
—«Que er probe iba ya á casase,
y está de querseles muerto.»
—Que se case con er rey,
¡que er rey es siempre el primero!

MARIA. Cuando la Loba se fué
llevaba los ojos secos;

(Rapidez en la entrada.)
pero echaba por la boca
un espumarajo negro.

JUAN. Como yo, se fué su hijo;
tamien ¡como á mí! lo hirieron;
¡como yo! se desertó;
como yo ar gorver ar pueblo
¡se encontró casá á su novia!...
(María quiere taparle la boca.)
¡Como á mí...

MARIA. ¡Caya ó me muero!

JUAN. Le pegaron cuatro tiro...
¡y ni confesion le dieron!
(Con desesperacion)

MARIA. (Id.) ¡La mardision de su mare
en mi hijo se está cumpliendo!

JUAN. Aonde quiera que miro
me paese que la veo,
—¿Ve usté aqueya nube parda?
¡ayí está! ¡ayí la estoy viendo!!
La mardision se ha cumplío:
¡como ar gitano me han muerto!

MARIA. No, no, á tí no te cogen.

JUAN. Me han cogío dentro der pecho...
(Oprimiéndose con las manos el pecho como agobiado por el dolor.)
y si no me mata un tiro
me matará er sentimiento.
—¡Mare, Lola me ha orviao!
¡Sin Lola viví no pueo!

MARIA. ¡Oh!

JUAN. ¡Un pensamiento de amó
tengo en el arma de asiento
y de asiento tengo el arma
donde tengo er pensamiento! (Llorando.)

MARIA. ¿Pero no te quiero yo?
¿No te estima er mundo entero?
¿No habrá quien se dé por tí
con un cantito en er pecho?

JUAN. ¿De qué sirve que la alondra,
er ruinseñó y er sirguero
canten para consolarme

si para mí no hay consuelo?
MARIA. Pero oye Si no ha sío eya,
si yo arreglé er casamiento
y lo mande... y... Vamos, Juan,
¡yo toa la curpa tengo! (Anegada en llanto.)
¡No me quieras! pero vive,
¡vive, Juan! que Dios es bueno.
JUAN. (Como herido de un rayo.)
¡Jesús! ¡Usté mesma, mare!
¡No me fartaba más que esto!
(Despues de una pausa.)
MARIA. ¡Ay!—Lola te quie jablá.
JUAN. Dígale usté que no quiero.
(Rechazándola secamente.)
MARIA. Mira, Juan, tú eres buen hijo.
(Ahogada por el llanto.)
Jaste cargo po un momento
de la angustia que á tu mare
el arma le está royendo.
Jáblale.
JUAN. ¡No!
MARIA. ¡Por tu vía!
JUAN. No.
MARIA. (Se arrodilla.) Por el cariño ciego
con que daría tu mare
por tí la vía é su cuerpo
¡y la sarvacion del arma!
JUAN. Mare, que venga ar momento.
MARIA. ¡Hijo? (Colgándosele del cuello.)
JUAN. ¡Mare mia!
MARIA. (Besándolo.) ¡Hermoso!
JUAN. ¡Vayasté! (Secándose las lágrimas.)
MARIA. (Loca de alegría.) ¡Ay! ¡Qué hijo que tengo!
¡Ni er mesmo rey con sé rey
tiene un corazon tan bueno!
(Váse radiante de alegría y del orgullo santo de madre.)

ESCENA IV.

JUAN.

Juan al desaparecer su madre se seca los ojos, se cruza de brazos, y despues de seguirla con la vista un rato prorumpe en la mayor desesperacion lleno de amargura y de sarcasmo.

Lola dijo: «Sí» y mandá
por mare... ¡y Pepe testigo!
¡Jasú! Mare, novia, amigo...
¡toitos me orviaban ya!
Conque ar probe que murió
lo orvía er que más lo quiere.
¿Conque es decí, que ar que muere
lo entierran... y se acabó?
Con que ar que acaba angustiao
le pagan su suerte perra
¡con un puñao de tierra
de una lágrima mojao!...
Pos si este mundo es así,
con su cara tan serena,
no vale er mundo la pena
que tomamos por viví.
—Ay gitana, gitanita
de la sierra del Mimbrá,
de tu hijo la suertesita
que bien vengaita está.

. . . .

—¡Ay! si esto hubiera sabío
ya con la tierra en la cara
creo que resucitara,
y de busanos comío,
en er punto de ventura
en que de otro fuea perra
la llevara á mascá tierra
dentro de mi sepurtura.

. . . .

¿Qué díces? En lo que quieres
Juan, tú tienes rason.

¿No es esa la condicion
de los hombe y las mujeres?...
Pos si Dios con sé quien é
y tené su potestá
lo ha dejao conforme está,
¿qué le va un hombre á jasé?
La curpa tie er que ha mandao
que haya servisio der rey,
er que ha inventao una ley
pa hasé á los hombres sordao.
Dicen que la *patria* arrastra
ar que es su hijo á que la ampare.
¿Y si lo mata es su mare?
¡No! qué ha é sé mare! ¡Es madrasta!
Por eya me miro así
muriéndome y sin apoyo...
—¡Juan! ¡való! ¡El úrtimo joyo
lo tapa er cuerpo!

SARG. ¡Arto ahí!

(En este momento aparece el Sargento en la izquierda con el fusil á la cara. Juan descubre el pecho y lo mira con frialdad.)

ESCENA V.

JUAN, el SARGENTO.

JUAN. ¡Er sargento!—Tire usté.

SARG. No haga una mala partía.
Mia que yo pago tu vía
con un pliego de papé.

JUAN. Déle usté ya gusto ar deo.

SARG. ¿Te entriegas?

JUAN. Como usté quiera.

SARG. Hombe, de moo y manera
que si entregao te veo...

JUAN. Si miro á mi arreeó
tan sólo miseria miro.
Si usté me atisa ahora un tiro
diré que me hase un favó.

SARG. Mira, Juan... yo... la verdá, (Enternecido.)
siempre te quise... ¿No es esto?

La ordenansa lo ha dispuesto,
no yo.

JUAN. Acabe usté é tirá.

SARG. Aunque atravesao me file,
Juan, yo no te tiraré,
Ar pueblo te llevaré
para que otro te afusile.

JUAN. Lo mesmo da.

SARG. Argun favó
te pueo jasé?

JUAN. Ninguno.
—¡Ah! si, mi primero, uno
Lola va à venirme á ve
y ántes de dirme á morí
sin peniyas ni quebranto
de lo que he querío tanto
me quisiera despeí.

SARG. Bien.

JUAN. Usté se esconderá;
que ella me tiene cariño
y va á asustarse.

SARG. Oye, niño, (*Volviendo.*)
¿y tú no te guillará?

JUAN. Voy á está sentao aquí
ó en medio é la prasoleta.
Ahí tiene usté mi escopeta.
métase usté aluego ahí
y si ve usté que me muevo
de un balaso me detiene.

SARG. ¿Palabra?

JUAN. De honó. (*Se dan las manos.*)

SARG. Eya viene.

JUAN. Grasia. Á mirá no me atrevo.
—Pensaba que me quería
la que yo he querido bien...
La muerte que ahora me den
será para mí la vía.

(*Utrera se oculta detrás del grupo de árboles que nace sobre la rampa de la izquierda. Juan al ver salir á Lola se lanza à ella con los brazos abiertos loco de alegría; de pronto se detiene y la habla con respeto y amargura. Lola al verlo aban-*

donarse corre tambien hácia él; mas al notar su cambio retrocede traspasada de dolor.)

ESCENA VI.

JUAN, LOLA; SARGENTO oculto.

LOLA. ¡Juanillo!
JUAN. ¡Lola mia!
—Seña Dolores...
LOLA. ¿Qué es jeso? Tú te orvías
de mis amores?
JUAN. ¡Yo!
LOLA. ¡Quién pensára!...
JUAN. Es verdá que yo he sío... (Con sarcasmo.)
No me acordaba.
LOLA. Por qué jablas jasina
si no eres malo.
¡No ves que son mis ojos
un mar de yanto!
JUAN. ¡Ay suerte perra!
Lágrimas de mujeres
¡quién las creyera!
—Hubo un tiempo ¡qué tiempo!
fué pura gloria.
Yo desí no sabía
más que ¡ay mi Lola!
LOLA. Y yo desía: (Rapidez.)
¡Ay Juaniyo, Juaniyo
del arma mia!
JUAN. Pero los tiempos andando (Ironía.)
vino er sorteo,
y er probe Juan sordao
se fué der pueblo...
y Lola dijo:
«Á la guerra van muchos
güerven poquitos.
Plata le sobra á Curro,
que bien me quiere,
y en er dia de plata
son los quereles.»
¡Quereles blancos (Indignacion.)

son los que da este tiempo
tan arrastrao!

LOLA. No, no, Juan, tú no sabes
lo que te dices.
No te vende tu Lola
por los monises:
Si te vendiera
no tiene pa pagarte (Arrebato.)
oro la tierra.
—Cuando ar toque de cajas (Dulzura.)
y de clarines
entre yantos y quejas
de aquí saliste...
Cuando la brisa
ya no trajo tu grito
de despedía,
corrí ar pico más arto
que tie la sierra,
y junto á una ensinita
de ramas negras,
dando suspiros
tendí ansiosa los ojos
por er camino.
Una nube de porvo
soló se vía,
pero er porvo y la nube
rompió mi vista;
y con anhelo
yo te ví que mirabas
jacia tu pueblo.
Un pañolito blanco
sorté á los aires;
¡tú lo viste, arma mia,
tú lo miraste!
Mi pañolito
no se lava, se seca,
y aquí está limpio.
Tomasteis la verea
der sinamomo,
y ¡ay! que entónces perdieron
su lus misojos.
¡Ya no te vía!..

¡pensé que era de noche
y era de dia!

JUAN. ¡Lola! ¡Lola del arma!

SARG. (¡Vaya un afleuto!)

LOLA. ¡Las flores de mis rejas
ya no las riego!
y no se mueren,
¡en la ventana yoro
y están tan verdes!

JUAN. Si asin me quieres, Lola, (Fuera de sí.)
y estamos juntos
¿qué me importa que suerte
su rabia er mundo?

SARG. (No te acalores) (Al oido de Juan.)

LOLA. ¡Juan!

JUAN. (¡Er Sargento! ¡Ay Cristo!)
(Desconcertado.)
—Vete, Dolores.

LOLA. ¿Por qué si la faitiga
me está ajogando?
¡Tienes, Juaniyo er pecho
de piera é mármo!

JUAN. ¡Ay Santo Cristo!
¡Mira mis ojos, Lola!

LOLA. ¡Mira los mios!

JUAN. Niña, si por mí yoras,
no yores, niña.
Si abajo no hay consuelo.
Lo hay ayá riba.
La Vírgen buena
hase de lagrimitas
sartas de perlas.
—Cabriyeo de luna (Transicion.)
sobre las aguas,
arrebolito blanco
de la mañana,
déjame y vete.
¡Que nunca más te mire
quiere la suerte!

LOLA. ¿Por qué? ¿por qué te buscan
para matarte?
Cuando en la guerra estabas,

mi pecho amante
ar vientecito
le pedía noticias
de mi Juaniyo.
La brisa me decia:
«¡Sigue queriendo!»
(Modulando mucho la voz.)
y entónces á la brisa
le daba un beso,
y le encargaba!...
¡que ar campo en que estuvieras
te lo yevara!
Pos si entónces loquita
jablaba al viento
ahora que aquí peligras
¡qué no habré jecho!

SARG. (Pongo el oío,
que esto por lo que es cuenta
toca ar servicio.)

JUAN. Jabla.

LOLA. He dío por el pueblo
de puerta en puerta
y he juntao treinta mosos
con escopetas.

SARG. (¡Hola!) (Rapidèz.)

JUAN. ¡Loliya!

LOLA. Con eyos yegaremos
á Berbería.

JUAN. ¡Sí, sí!

LOLA. Si conseguimo
ganá la playa
libres, Juan, nos veremos. (Rapidísimo.)

JUAN. ¡Dejar á España!

LOLA. ¿Qué me interesa?
La tierra que tú pises
¡esa! es mi tierra.

JUAN. Si... pero ¿y Curro?... ¡Ve te!

LOLA. ¡Curro!...

JUAN. Al instante.

LOLA. Él arrecogiita
(En tono de reconvencion y como dándole descargos á su pesar.)

tuvo á tu mare.
Tú te habías muerto;
yo iba á morirme ¿y ella?

JUAN. ¡Perdon, mi cielo!
¿Por mi mare del arma
sufrías la pena? (Loco de alegría.)
Vales más plata, Lola,
que la que pesas.

SARG. (¡Por vía e Cristo!...)
(Secándose las lágrimas.)

JUAN. ¡Ay mi Lola divina!

LOLA. ¡Ay mi Juaniyo!

SARG. (Como se erriten.)

LOLA. Vente.
Si estás cansao
de andá por estas breñas,
yo con mis brazos
te daré alas.

JUAN. ¿Te órbías de una copla
que te cantaba?
«Cuando voy á la casa
de mi quería
se me hase cuesta abajo
la cuesta arriba.»
(Indíquese el abajo y arriba con la accion.)

LOLA. «Y cuando sargo (Recordando.)
se me hase cuesta arriba
la cuesta abajo.»

JUAN. Vamos.

LOLA. La Berbería
verá mi gozo.
No te importe que sea
tierra de moros.
Naita dejamos.
¡La cariá se ha dío
de entre cristianos!

JUAN. Contigo y con mi mare
llevo mi patria.
Vamos á Berbería.
Adios, España. (Se dirige al foro.)
¡Ay tierra mia!
¡Ay mis verdes montañas

de Andalucía!

LOLA. ¡Ven! ¡Ah!! ¡Por aquí corre!
(Dando un grito.)
En el reflejo
(Temblando y mirando fuera de sí á la laguna.)
del agua he visto á un hombre!

MARIA. ¡Juan! (Saliendo.)

JUAN. ¡El Sagento!

SARG. (Presentándose.)
Quieto ó te tiro.

MARIA. ¡Quieto, Juan!

JUAN. ¡Ay mi Lola!

LOLA. ¡Ay... mi Juaniyo!
(En toda esta escena debe tomarse la entonacion tradicional del teatro antiguo.)

ESCENA VII.

JUAN, LOLA, MARÍA, el SARGENTO, SOLDADOS.

María se interpone entre el fusil del Sargento y su hijo procurando taparlo con su cuerpo. El Sargento sin bajar del ribazo donde estaba. Lola tiene cogido á Juan y pugna con él por llevárselo. Á la voz del Sargento se presentan algunos soldados y bajan por la rampa inmediata á la en que está Utrera.

MARIA. ¡Tíreme usté á mí!

SARG. ¡Patrona!
cudiao no se dispare.

MARIA. Vete, Juan, que yo te cubro.

SARG. ¡Sordaos!—No se mueva naide
ó le frien á balaso
por medio de esos breñales.

LOLA. ¡Ya no te pues dí! ¡Te matan!
(Salen los demas soldados.)

MARIA. ¿Qué han de matá estos ¡cobardes!

JUAN. Echarse á un lao.

LOLA. No te suerto.

MARIA. Dejarme, lobos, dejarme.
(Á dos soldados que la sujetan.)

SARG. Asujetaslos á toos.
(Dos soldados sujetan por los brazos á Lola y Ma-

ría que en la mayor desesperacion luchan por desasirse.)
(¡Que un hombre estas cosas mande!)

MARIA. Sargento, ¿qué va usté á hasé?
¡Mire usté que esa es mi sangre!

LOLA. ¡Ay! ¡mire usté que es mi vía!

JUAN. (Con tranquilidad adelantándose.)
Mi primero, cuanto ántes.

MARIA. ¿Pero lo va usté á matá?

SARG. La ordenansa es quien lo jase.
No pueo hasé la vista gorda
que lo he cogío flaganti.
¡Eh! ¡yevárselas!

MARIA. ¡No!

LOLA. ¡No!

MARIA. ¡Esto es mentira!

LOLA. ¡Dejarme!

JUAN. Vamo, Lola, mare... Vamo;
naita pierdo aunque me maten.
La vía de Juan sordao
es no ve pare ni mare,
dormí en camas ajenas,
morí en los hespitales.
Quien de este mundo los quita
una cariá les jase.

MARIA. ¡Ah! préndalo usté, Sargento,
(Como asaltada por una idea.)
pero por Dios no lo mate.
Yo iré á Marí y un indurto...

SARG. No tiene usté que cansarse.
Yo quisiera. Pero sé
que er pueblo va á levantarse,
que hay gentes con escopetas
prepará para un combate,
y... ayí hay una porvarea.
(Mirando á la derecha.)
Hay que despachá al instante
que van á vení á libralo.

MARIA y LOLA. ¡Jesús!
(Caen de rodillas junto al proscenio de la derecha.)

SARG. Muchachos, preparen!

(Los soldados preparan.)

Tú, Juan, jíncate en ruiyas. (Juan se hinca.)

MARIA. ¡Socorro, Vírgen del Cármen! (Grito ahogado.)

MARIA y LOLA. ¡Ay!

(El Sargento se enjuga las lágrimas.)

SARG. Toavía están léjos.
Si argo tienes que encargarme,
Juan, ya sabes que te estimo;
si no, ahí tienes á tu mare.

(Juan se levanta.)

JUAN. Tengo un encargo que hasé. (Pausa ligera.)
Si á mi muerte se juntase (Con solemnidad.)
argo pa decirme misas,
no quieo que por mí las manden;
sino po el arma de aqué
que perdió el pare e mi pare.
¡Po el hijo de la gitana
der Mimbrá! ¡Adio! ¡Adios, mare!

LOLA. y MARIA. ¡Ay!

(María y Lola están hincadas á la derecha, el sargento y cuatro soldados á la izquierda; Juan se vuelve á hincar en el centro, á la derecha de la laguna; los demas soldados detrás de Lola y María.)

SARG. ¿Has acabao? (Secamente.)

JUAN. Sí.

SARG. ¡Er creo!

JUAN. ¡Creo en Dios padre!...

(Una gitana, alta, seca, erguida, de largos cabellos blancos, tez cobriza y traje pintoresco aparece en el foro: se para, en el borde de la laguna, que se apoyará en la rampa que parte del foro, extiende las manos sobre Juan en ademan de bendecirlo y dice con voz sonora y entera.)

GITANA. Juan, por lo que has hecho ¡vive!
¡Ya va pa el cielo tu pare!

(Desaparece con paso majestuoso dejando helados de asombro á todos los personajes. En el entender del autor, esta gitana es el primer papel de la obra.)

LOLA, MARIA y JUAN. ¡La gitana der Mimbrá!!

MARIA. ¡Dios mio!

JUAN. ¡Dios te lo pague!

SARG. (Bajo con espanto.)
(¿Qué... que... ha... dicho... esa mujé,
que... que me ha helao toa la sangre?)
—¡Qué veo!

CURRO. ¡Quietos por Dios!
(Sale apresuradamente por la derecha abajo.)

ESCENA ÚLTIMA.

JUAN, LOLA, MARÍA, el SARGENTO, CURRO, SOLDADOS, despues PEPE y JUAN CAMPI.

MARIA. ¡Curro!

JUAN. ¡Curro!

LOLA. ¡Ay!

SARG. (Á los soldados.) ¡Qui... qui... quietos!

CURRO. Pepe viene aquí al escape
en un potro que es un viento.

LOLA. ¡Ahí está!

PEPE. ¡Juan! Ña María!
¡Lola!—Lea usté, Sargento.
(Da un rollo de papel al Sargento. Pepe viene entumido y muerto de angustia, que se cambia en febril alegría al ver vivo á Juan.)

JUAN, MARIA y PEPE. ¿Qué es eso? (Mucha ansiedad.)

PEPE. (Leve pausa.) Vengo é Marí.
—Este, er dia en que me dieron (Por Juan.)
er balaso, ar generá
sarvó la...
(Todos le rodean: el Sargento lee para sí aparte.)

JUAN. Toma resueyo.

LOLA. ¡No!

MARIA. No, sigue anque te ajogues.
(En voz casi imperceptible por efecto de lo situacion porque acaba de pasar.)

PEPE. Po ese es menistro.—Llego
rompiéndole la cabesa,
pa poé entrá, á un portero...
y digo: «Mi generá.»
—¿Quién es?—Me dice ar momento.
—«Vuesencia tiene el honó

de hablá con un granaero
que se queó así á sus órdenes.»
—Y le enseñé el lao disquierdo —
(Se vuelve.)
«¿Quieres un socorro? dice.»

MARIA. ¡Acaba!

PEPE. Si es que no pueo.
—«Se acuerdasté de aquer moso
á quien quiso usté da un premio
y no se lo puo da
porque el probe había muerto?»
—Sí,—«Pos vive, se esertó...
y este es el instante mesmo
en que estarán fusilándolo,
si no ha tenío un empeño.»
—Se quea un rato pensando
y dice: «No puee sé eso.
Si er dia ántes de aqueya arsion
firmé yo en er campamento...

SARG. La lisensia disoluta!
(Que ha acabado de leer.)

TODOS. ¡Ah!!

SARG. (Le abrazan.) ¡No es desertó! Me alegro.

MARIA. ¡Hijo! Ahora ¡que me lo quiten!
¡Pepe!

LOLA. ¡Juan!

CURRO. ¡Si Dios es bueno!

SARG. Oye. Tú que tienes brazos
(Se lo lleva aparte.)
en Madrí con er gobierno
sácame una arferesía.

PEPE. Uno; pero largo tengo.
¿Sabe usté. lo que de usté
oí ayí?

SARG. Dilo, ar momento.

PEPE. «¿Qué ha sío del Sargento Utrera?»
—Naa, que reventó de feo.

SARG. Mentira, ese fué mi pare.
(Los demas personajes forman otro grupo y examinan la licencia locos de alegría.)

PEPE. Por si acaso, vea usté un méico.
(Á Campi que se rie al oir á Pepiyo.)

SARG. Oigasté. Usté no me dijo
que iba por ayí derecho (Señalando.)
er desertó, estando aquí?

CAMPI. ¿Y qué? ¿No hablaba este deo?
(Por el pulgar.)

CURRO. Lola, er contrato está roto.
Cásate con Juan.—Yo tengo
que dirme á viví á la Habana
por mo... de cosa é comersio.
(Muy conmovido y procurando disimular.)
¡Adios, adios! para siempre
de estos lugares me alejo.
Mas pa que otros no se vean
en er trance en que mos vemos,
ya que los hombres se mercan...
(Con mucha amargura.)
la mitá é mi hacienda dejo,
pa que no sarga un sordao
en dies años de este pueblo.

JUAN. ¡Que Dios lo bendigasté!
¡Si cuantos puen jasé eso
lo jisieran ¡cuántas lágrimas
se derramarían de ménos!

PEPE. Claro está. Que haiga sordaos (Rapidez.)
es preciso. (En tono ligero.)

MARIA. ¡Santo y bueno!
¿Pero á las mares qué importa
er que mande Juan ó Pedro!

LOLA. (Loca de alegría y abrazando á Juan.)
¡En teniendo uno á su prenda
que se las arreglen ellos.

JUAN. ¡Lola!

LOLA. ¡Juan! (Se abrazan.)

JUAN. Hermano, á tí
toita esta dicha debo. (Lo abraza.)

MARIA. ¡Hijos!

JUAN. La Vírgen del Cármen
es quien nos da este consuelo,
que usté la yamó en mi ayua.

LOLA. Resémosle toos. (Con el más santo fervor.)

TODOS. Recemos!
(Empieza la orquesta.)

JUAN. ¡Dios te save!
TODOS. ¡Dios te salve,
Reina y madre!...

(**Todos se arrodillan. Los soldados rinden las armas. La orquesta toca una salve que concluye despues de caer el telon. Cuadro.**)

FIN DEL DRAMA.

RAZONES que nada importan al público, pero que sin embargo llegaron hasta él, han separado al autor de este drama, como á la mayoria de los que componen la Sociedad de autores dramáticos, de los teatros principales de Madrid. Si los que esto han motivado creen que vamos á enmudecer, y que á impulsos del desaliento vamos á romper nuestras plumas, se equivocan: ántes de romperlas haremos alas con ellas.

Sin el concurso de los actores que lo son y de los que dicen que son, desterrado al local más pobre y apartado de la córte, en una estacion en que no hay más espectáculo que las fiestas de toros, privado hasta de emplear el hermoso idioma castellano, he escrito y dado al público este drama, siquiera sirva sólo para que de mí no se olvide, y para hacer ver á otros que felizmente no me he muerto todavía.

En todo el año cómico que acaba de transcurrir no se había visto una sola vez mi nombre en los carteles. El teatro de verano estaba desierto á causa de las ocurrencias políticas: sus empresarios conocían la necesidad de presentar alguna novedad que atrajera al público; pero la naturaleza del teatro y el género especial de la compañía hacía poco ménos que imposible encontrar un escritor que les diese una obra de ciertas condiciones. Acudieron á mí, y sea por deferencia á ellos, sea por el interés que me inspiraba la jóven actriz cuyo nombre va al frente de esta obra, les ofrecí escribirles en breve tiempo un drama *andaluz*.

Sanlúcar de Barrameda me vió nacer; en Jerez se deslizó mi infancia, y durante esa hermosa edad me he dormido

muchas veces al arrullo de los moriscos cantares de aquel delicioso país. Aunque apartado mucho tiempo ha de Andalucía, bullían en mi cabeza mil poéticos recuerdos de aquel divino suelo; pero vagos, fantásticos, indeterminados, como todas las memorias de la niñez.

Hace mucho tiempo había yo visto y aplaudido muchas obras de las llamadas *andaluzas*, y aun escrito alguna cuando sólo tenía quince años para el teatro de Jerez, mi cuna literaria. El 4 de Marzo de 1852, se representó en la Cruz una parodia de Adriana, escrita en el mismo lenguaje, y firmada por el licenciado Escribe, que alcanzó un brillante éxito, y que fué atribuida á un célebre literato. Si es pecado el haberla escrito, ante el público me confieso culpable. Si le negué mi nombre, sólo fué porque siendo entónces completamente desconocido, no quería presentarme como autor de *andaluzadas*, cosa que entónces, y acaso no sin falta de razon, se tenía en ménos que poco.

Pero desde entónces acá había pasado el niño á hombre y apenas tenía idea de las cosas de aquel tiempo. Comprometido á hacer una obra andaluza, hojeé el repertorio, no poco numeroso, que existe de este género. Fuera del de Sanz Perez, verdadero poeta, verdadero escritor de costumbres, que considero muy superior á Cruz y á Castillo, sólo encontré ladrones, contrabandistas, fanfarrones y gente de mal vivir, presentadas como prototipos de lo bueno y de lo santo. Esta literatura, si tal nombre merece, viciosa en la forma y más viciosa en el fondo, que ninguna buena condicion encerraba, tenía sin embargo, la del éxito, porque halagaba ciertos instintos brutales de nuestro pueblo, que muchas veces, con rubor lo escribo, confunde las glorias del Cid y de Bernardo el Carpio con las miserables azañas de Francisco Estebán y José María. Si esta es la literatura andaluza, me dije, yo no puedo escribir esto: mi pluma no sabe moverse si no la guía un pensamiento noble.

Entónces recordé las novelas de Fernan Caballero, nuestro gran novelista, cuadros andaluces de una verdad encan-

tadora en que las costumbres de aquel delicioso país están admirablemente reflejadas. Ese es el camino, me dije, y comencé la *Vida de Juan Soldado.* Pensé al principio escribir en buen castellano, y que los actores al poner la obra en escena le diesen la pronunciacion andaluza; pero tropecé con la dificultad de que, suprimiéndose de este modo muchas sílabas, los versos resultaban cojos y los consonantes dejaban de serlo. Determiné, pues, entrarme por el dialecto de Andalucía, como Santiago por los moros, lo que no dejaba en cierto modo de halagar mi amor propio, pues muchas veces amigos y enemigos me habían dicho que mucha parte del éxito de mis obras se debían á la manera con que manejaba el castellano y yo deseaba probar que aun sin la forma podía hacer algo, ya que á mucho ni con ella me es posible llegar.

Decidido á esto recordé las coplas populares de mi país y unas veces perifraseándolas, otras copiándolas, otras impregnándome en su infinita poesía, me lancé al drama por el camino que con tanta fortuna sigue en la lírica mi querido amigo el poeta Antonio Trueba, el autor de ese hermoso y mal apreciado *Libro de los cantares.*

El pueblo andaluz, medio africano, medio europeo, que en su modo de pensar, en sus costumbres, en su música, en su poesía, en su lenguaje pintoresco y figurado, en todo en fin, conserva el ardiente y melancólico espíritu de su padre el pueblo nómade del desierto, no es el pueblo cobarde, vicioso, fanfarron, y gracioso hasta la bufonería, que de mucho tiempo acá se nos viene pintando. Como á los franceses cuando pasan el Pirineo para estudiar nuestras costumbres les cae una venda en los ojos, se les cierran á nuestros compatriotas cuando pisan el hirviente suelo de Sierra Morena. Cuando de aquel país han hablado, exceptúo siempre á Fernan Caballero, no han visto más que manzanilla y jaleo y puñaladas al aire y falsedad y gitanería y mozas *juncales.* ¿Es esta la antigua Bética? No, y mil veces no. Cuente España el número de grandes hombres que le ha dado en las letras, en las artes, en las armas, en las cien-

cias; tienda los ojos á su ilustracion de hoy, á su Bailen de ayer. Pero ¿á qué buscar pruebas en la historia?

Para encontrar el espíritu andaluz en toda su pureza, casi sin mezcla de la moderna civilizacion, he tenido que ir á las aldeas: en las ciudades de Andalucía *los árabes se van.* ¿Quereis ver las poéticas costumbres, las hermosas creencias de nuestros galantes y valientes caballeros de la córte de los Felipes? Id allí y hallareis los sentidos y discretos coloquios á las rejas, los duelos nocturnos, las fantásticas supersticiones que pueblan los espacios de seres sobrenaturales, las creencias religiosas en un grado que raya en el fanatismo. Para pintar esas creencias, esa ternura, ese sentimiento y esas supersticiones, que aunque comunes á todos los pueblos de España, tienen un sello más marcado en Andalucía por lo ardiente de la imaginacion de sus hijos, he escrito este drama; como todo lo que se llama *andaluz* en el teatro lleva consigo el desden de muchas personas sensatas, no he podido ménos de intentar justificarme de haber ensayado este género.

Mucha osadía ha sido sin duda llevar la parte sobrenatural en nuestra época al extremo que Calderon y Tirso y Alarcon la llevaron en la suya. Aunque yo no pienso que estamos en los tiempos de *La devocion de la Cruz*, de *El condenado por desconfiado* ó de *La prueba de las promesas*, género á que pertenece la presente obra, creería que le faltaba espíritu andaluz sin la intervencion de la síbila misteriosa que llamo *La Gitana del Mimbrá*.

Horrorizado muchas veces por las desgracias á que ha dado lugar el tributo de sangre, que sólo la necesidad sostiene, pero que los hombres de todos los partidos querrían ver desaparecer, he creido que era un noble objeto combatirlo, y que así mi pluma se hacía eco de un sentimiento generoso que bulle en todos los corazones. Pero al destruir he querido crear. El único remedio que he encontrado—yo no soy hombre político ni entiendo la ciencia de la administracion—contra un mal necesario, ha sido acudir á la caridad. ¿Por qué cuando se forman asociaciones benéficas para to-

dos los objetos, no ha de haber alguna por medio de la cual las personas caritativas puedan conservar el hijo á la madre; el amante á la amante, el amigo al amigo, el hermano á la hermana? ¡Cuántas bendiciones se pierden los que tienen y no saben! Si hago intervenir en mi drama á la Providencia castigando hasta en la tercera generacion una falta de caridad, es porque así quiero decir al púbico: «Sé caritativo con el hijo de tu prójimo, que mañana tu hijo acaso y el hijo de tu hijo necesitarán de esa misma caridad.»

Un éxito brillante, que yo no esperaba seguramente, tanto en el público como en toda la prensa, ha venido á demostrarme que mi drama respondía á una necesidad, á un deseo de todas las personas de corazon, que sólo al pensamiento y no á mis débiles fuerzas lo atribuyo.

Si despues de salir del teatro de ver esta obra, hay alguno que conserve un hijo á su madre, creeré que soy algo, que hay más que humo en la gloria, porque esa será la gloria para mí.

Luis de Eguilaz.

Madrid 16 de agosto de 1856.

Al acabar de corregir las pruebas de esta edicion, me asalta una idea que me hace tomar de nuevo la pluma para trazar algunas frases que creo deber consignar en este sitio, como tributo al mérito y la virtud, de la excelente artista á quien fué dedicada esta obra por mi inolvidable hermano de eleccion, el insigne y malogrado Eguilaz.

Cándida Dardalla! Aquella estrella que descubrimos en el horizonte artístico al mediar el año 1856, ha dejado de existir!

Aquella hermosa flor de nuestro campo artístico, ha sido arrebatada de entre nosotros para formar parte de la celeste muchedumbre que eternamente sirve de alfombra al trono del Señor.

Cándida Dardalla ha muerto! Aquella que al representar la bravía hija de la Serranía de Jerez en LA VIDA DE JUAN SOLDADO, al decir la noche de su estreno en el final del acto segundo: «*Si señora*; *¡pero vivo!*» hizo que el inteligente público de Madrid estuviese por espacio de diez minutos victoreándola con frenético entusiasmo, hasta el punto de llegar á ser imposible la terminacion de la escena; la que al desempeñar el papel de *Catalina* en *La Vaquera de la Finojosa*, al dirigirse á su difunta madre, consiguió que el auditorio, ahogado en lágrimas, lanzase un grito unánime proclamándola como primera actriz en la propia escena en que Concepcion Rodriguez, Gerónima Llorente y Matilde Diez, se conquistaron su inmortal corona... ya no vive entre nosotros!

La inspirada actriz que en el albor de su brillante carrera, al interpretar la heroina de nuestro primer drama moderno *El Trovador*, logró que la dichosa generacion que lo había visto estrenar exclamase: «Esta es la moderna Rodriguez,» frase que la prensa, casi en masa, consignó al dia siguiente; la arrebatada *Grazalema*; la tierna y traviesa *Feliciana de Guzman*, de *La aventura de Tirso*, la encantadora *Eulalia*, de *La payesa de Sarriá*, que tan inimitablemente supo interpretar la romancesca escena final del primer acto, y que al recitar las décimas del tercero consiguió lo que ninguna otra actriz de nuestros dias... vive en un mundo mejor.

Flor de los campos, recorrió las ciudades arrancando aplausos por donde quiera que iba, sufriendo en su peregrinacion por nuestra decaida escena las consecuencias del abandono en que esta yace, con la más santa resignacion y sacrificando casi siempre sus gustos y convicciones artísticas al violento empuje de la corriente del mal gusto dominante, por lo que á veces aparecía inferior á sus extraordinarias condiciones de gran actriz.

Cándida era una de esas entidades artísticas, que siendo ca-

paces de todo, no habían nacido para vivir en segundo término, y su figura resultaba fuera de tono siempre que se la colocaba en tal lugar. Los que en esa situacion la han conocido creerán exageradas nuestras apreciaciones; pero tenemos la conviccion de que somos justos al llorarla como una de las grandes pérdidas de nuestro teatro.

¡Infelices de los que teniendo ojos no ven!

Fernando Ossorio y Cándida Dardalla son los dos grandes genios de la última pleyade artística.

Una flor y una lágrima para sus tumbas.

Cándida ha subido al cielo coronada de laurel, ciñendo al propio tiempo otra corona más envidiable y que por fortuna ya han ceñido otras grandes artistas nuestras. La patria de Joaquina Baus puede estar orgullosa de contar entre sus hijas predilectas á nuestra querida amiga, modelo de madres y de esposas, honra en todos los conceptos de la escena de Lope y Calderon.

DIEGO LUQUE.

Madrid, 1880.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Mariana la barlú.
Una Vírgen de Murillo (1).
Entre todas las mujeres (1).
La vergonzosa en palacio.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
El esclavo.
Una aventura de Tirso.
La vida de Juan soldado.
La Vaquera de la Finojosa.
Lallave de oro.
Grazalema.
El Patriarca del Turia.
Las querellas del rey sabio.
Mentiras dulces.
¡Santiago y á ellos!
El padre de los pobres.
La Payesa de Sarriá.
Los crepúsculos.
La cruz del matrimonio.
Los encantos de Brijan (2).
La mano de Gato (2).
Los soldados de plomo.
Quiero y no puedo.
Un hallazgo literario.
La convalescencia.
Lope de Rueda. (*El batidor de oro.*)
El molinero de Subiza (3).
El salto del pasiego (4).

---

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

(2) Las Empresas que deseen representar estas obras de mágia, no impresas, se dirigirán al director de escena de las obras del autor, D. DIEGO LUQUE, Madrid.

(3) Zarzuela con música del maestro Oudrid.

(4) Zarzuela de gran espectáculo, música de D. Manuel Fernandez Caballero.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Chanteusepar amour....	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
Con paz y ventura.....................	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
El gran artista.......................	1	Cuartero y Ferrer...	L.
Heloise et Abelard.....................	1	D. H. Litolff..........	M.
La mejor venganza.....................	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino......	1/2 L. y 1/2 M.
La chamor du primtems..............	1	D. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger............	1	Robert Planquette..	M.
La saint Nicolás!.....................	1	D. Robert Planquette...	M.
Le chevalier Gaston.................	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M
Les Rendez vous galants.............	1	D. Robert Planquette..	M.
Memnon............................	1	C. Grisart..........	M.
Paille d'avoine.....................	1	Robert Planquette..	M.
L'amour et son carquois.............	2	Ch. Lecocq.	M.
Florinda...........................	3	J. J Jimenez Delgado	L.
La Boite de Pandore.................	3	H. Litolff..	M.
Les noces de Fernande..............	3	Louis Deffes........	M.
Les voltigeurs de la 32me............	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette.......	L. y M.
Niniche.............................	3	Marius Bouliard....	M.
La fiancée du roi de Garbe..........	4	H. Litolff..........	M.

Por convenio hecho en París el 22 de Setiembre de 1879 con el Agente general de la *Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música* franceses, somos los únicos representantes en España, Portugal y sus colonias, de la citada Sociedad.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Mr. Louis Bathlot, editor de Música, Rue de l'Echiquier, 39, Paris

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Dr. Eduard Engel, Rédacteur du «*Magazin für die Literatur des Auslandes*,»—35, Königin Augusta Strasse,—Berlin W.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.